

**Yo, psicópata. Diario de un asesino  
(un esperado retorno)**

**Juanjo Escribano**

Primera edición: 2016

*Yo, psicópata. Diario de un asesino (un esperado retorno)* por [Juanjo Escribano](#) se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](#).

Basada en una obra en <http://yopsicopatadiariodeunasesino.com/>.

## Índice de contenido

Nota del autor.....	4
Introducción.....	5
1.....	6
2.....	7
3.....	8
4.....	10
5.....	12
6.....	15
7.....	16
8.....	17
9.....	19
10.....	20
11.....	22
12.....	24
13.....	25
14.....	26
15.....	28
16.....	29
1 (del diario del discípulo).....	31
2 (del diario del discípulo).....	32
3 (del diario del discípulo).....	34
4 (del diario del discípulo).....	35
5 (del diario del discípulo).....	36
6 (del diario del discípulo).....	37
7 (del diario del discípulo).....	38
8 (del diario del discípulo).....	39
9 (del diario del discípulo).....	40
10 (del diario del discípulo).....	41
11 (del diario del discípulo).....	42
12 (del diario del discípulo).....	44
13 (del diario del discípulo).....	45
14 (del diario del discípulo).....	47
15 (del diario del discípulo).....	47
16 (del diario del discípulo).....	48
17.....	49
17 (del diario del discípulo).....	50
18.....	51
18 (del diario del discípulo).....	52
Anexo al informe policial. Parte I.....	52
Anexo al informe policial. Parte II.....	55
Anexo al informe policial. Parte III.....	56
Anexo al informe policial. Parte IV.....	57
Extracto de una noticia en la prensa nacional.....	59
Carta de un amigo.....	60

## Nota del autor

Hace ya casi diez años escribí y publiqué la primera parte de esta obra: *Yo, psicópata. Diario de un asesino*. Los que ya habéis leído aquellas páginas, sabéis que la historia empezó siendo casi un experimento literario. Por aquellos días no imaginaba que tantas personas iban a leerla, ni mucho menos que tantos lectores fueran a pedir una segunda parte.

Durante estos años me he dedicado a escribir otras historias, otros relatos, que nada tenían que ver con este. Pero, desde hace varios años, sabía que tenía que escribir una segunda parte. De hecho, este texto que tienes en tus manos, querido lector, es el segundo intento de segunda parte de la obra.

La primera parte podía descargarse gratis de Internet, y creo que no haber hecho lo mismo con esta segunda parte hubiera sido absurdo y descortés. Absurdo porque no sería coherente con la forma en la que empezó esta historia. Y descortés porque, después de tantos correos electrónicos recibidos felicitándome por la primera parte, y preguntando por la segunda, hubiera sido realmente una desconsideración hacerlo de cualquier otra forma.

No será difícil apreciar que en esta segunda parte el formato, aunque es parecido, contiene algunas diferencias. Ahora no sólo tenemos ante nosotros un único punto de vista, sino que tenemos dos diarios, dos puntos de vista, además de un desenlace que, espero, alcance vuestras expectativas. Mi único deseo, amigo lector, que esta segunda parte te guste y te divierta tanto como la primera. Recuerda que puedes escribirme para darme tu opinión a [juanho.escribano@gmail.com](mailto:juanho.escribano@gmail.com).

Un abrazo.

Juanjo Escribano

## Introducción

Siento el calor de su sangre sobre mi mano y mis ojos se detienen en el delicado reguero rojizo que su vida va marcando, centímetro a centímetro, sobre mi piel limpia, cuidada, perfecta. Me excito cada vez más. Un grito suyo. Empujo con mis caderas y noto cómo su cuerpo se estremece cuando penetro más profundo, cada vez más lejos, mientras hundo un poco más el cuchillo sobre la carne fofa de su antebrazo. El flujo de sangre se hace más fuerte, más continuo, caudaloso, y el líquido rojizo va tiñendo mi piel con el encarnado color encendido que la inunda. Otro empujón de mis caderas y mi sexo continúa el recorrido placentero por su interior. El filo taja un poco más su carne, y el flujo continuo se convierte en borbotones sangrientos. Ella gime de placer bajo mi peso. Lloriquea y escupe palabras horribles, en un lenguaje descuidado, soez, basto, muy propio para lo que estamos haciendo. Es lo único acertado de todo aquello, pienso, mientras sigo excitándome con su sangre. Su olor a hembra sedienta y mi rencor desmesurado me llevan a empujarme con despiadada fuerza hacia su interior, mientras el acero, ya caliente y completamente rojo, se hunde un poco más en su brazo.

¡Basta!

Es una voz lejana, en otra dimensión. Yo sigo sintiendo el calor de su sangre que ya alcanza mi brazo, y gotea sobre el suelo blanco de la habitación. Y empujo más hondo, y clavo más fuerte.

¡Basta! ¡Ya basta!

La voz suena algo más cerca. Dejo de observar el líquido rojizo y miro su rostro, oculto tras una espesa capa de pelo negro, liso, desordenado. Entre los mechones, a duras penas veo uno de sus ojos. Ella está de espaldas a mí, y tiene que girar la cabeza para poder observarme algo. Su rostro demuestra un delicado equilibrio entre el placer y el dolor. Poco a poco vuelvo en mí. Despacio, como si no quisiera hacerle daño, más daño, retiro el cuchillo del brazo y lo dejo caer en el suelo. Lentamente salgo de ella y me alejo. Desato las ataduras de sus piernas. Después hago lo mismo con las que sujetan sus brazos. Ella me mira con media sonrisa en la boca. Entonces observa su brazo mutilado. Sin inmutarse, coge una gasa de una bolsa que hay en la habitación y presiona con fuerza el corte. Se hace un vendaje provisional y se acerca a mí.

—Pensé que no ibas a parar—susurra a mi oído, mientras con su mano, aún recubierta de sangre, acaricia mi pene.

—No te oí la primera vez.

—Da igual, estuvo bien. La incertidumbre me puso... Sin embargo tú... —su mano sigue acariciándome—. Tú no te has corrido.

—Estaba a punto.

No dice nada más. Dejo que se arrodille delante de mí y acoja con sus labios mi querido

sexo. Yo me dejo hacer, mientras observo su sangre impregnando mi cuerpo. Mis ojos saltan de la sangre al cuchillo en el suelo, y del cuchillo a la sangre de mi mano. Siento el calor que sube desde mi vientre y se desplaza hasta mi pene y mis testículos. El placer inunda mi cuerpo y mi mente mientras eyaculo. Cierro los ojos y en la oscuridad de mi interior se dibuja la imagen del acero afilado teñido de rojo. Gruño en un último espasmo de placer mientras a mi cabeza vuelve una idea que lleva años contenida, esperando el momento. Allí mismo, entre sangre y sexo decido volver a Madrid: decido volver a buscarle.

## 1

No creo que tenga más de cincuenta años, pero la maldita gorda haría un favor a la especie si muriera hoy. Podría suicidarse. Eso me ahorraría tiempo y esfuerzo. Podría haberse suicidado ayer, o la semana pasada. Si fuera mínimamente consciente de la desgracia que supone para el resto de nosotros, se habría arrancado la vida hace ya muchos años. Pero no lo hizo. Ni lo hará. Adora demasiado su patética existencia, su miserable vida, la asquerosa forma de su grasiento cuerpo, la triste soledad de sus noches, acompañada sólo por los papelillos dorados de los bombones que devora justo antes de dormir. Imagino su lecho rodeado de envoltorios aún sucios de chocolate derretido. Imagino una novela rosa en la mesilla de noche, una que le permita soñar con algo que nunca tendrá. Imagino los pliegues de su inmensa tripa empapados en sudor sucio mientras lee la maldita novela, recostada sobre la almohada, esparciendo el hedor de la podredumbre hacia la atmósfera. Eso me desespera, me enfurece. Ella lo contamina todo con su presencia, contamina el aire que respiro con su olor nauseabundo. Pero no se da cuenta. Su olfato ya no percibe esa agresión al buen gusto. Se ha acostumbrado a sí misma. Es el horror envuelto en grasa.

Se ha sentado junto a mí en el metro. Hacía calor. El aire acondicionado del viejo vagón no funcionaba, y las gotas de sudor le resbalaban por el cuello, perdiéndose en la ingente montaña de piel y grasa bajo la camiseta. Ha abierto el bolso, que había dejado descansar sobre sus rodillas, y, después de hurgar un rato con sus horribles dedos en su interior, ha sacado un caramelo. Ha tardado más de un minuto en desenvolverlo. El maldito sonido del plástico se me clavaba en el cerebro. El caramelo estaba pegado a su envoltorio. Era una imagen repulsiva, asquerosa. La mujer se lo ha metido en la boca y ha comenzado a chuparlo, mientras sus dedos gordos, cortos, sebosos, continuaban jugueteando con el papelillo dorado. No he podido evitar mirar sus labios. Se movían hacia un lado y hacia otro, adelante y atrás, mientras el caramelo chocaba con sus dientes, haciendo un ruido desesperante.

He vuelto a sentir, sin ninguna duda, la necesidad de matar. He deseado golpear su cabeza

contra el ventanal y machacar su rostro grasiento una y otra vez contra el suelo. He deseado cortar el cuello, destrozarla, asesinarla... Salvarla... Salvarme...

En un esfuerzo terrible me he contenido. He decidido levantarme y bajar antes de tiempo de aquel horrible vagón de metro. Pensé que un paseo me vendría bien; respirar aire puro; olvidarme de aquel rostro deformado por la obesidad. He salido del metro casi corriendo, angustiado. Necesitaba respirar aire fresco. Pero la maldita gorda ya ha contaminado parte de este mundo. Ya nunca más respiraré aire limpio. Ella ya lo ha jodido todo.

Esta ciudad no me ha recibido como yo imaginé. Esperaba un recibimiento triunfal, el regreso de un héroe perdido que vuelve para completar la labor tan importante que le ha sido encomendada. En lugar de trompetas y aplausos, me ha recibido una maldita gorda sudorosa comiéndose un caramelo en el metro. Pero no me puedo enfadar. Me doy cuenta, sin duda, de la importancia que tiene mi regreso. Me doy cuenta, sin duda, de que me necesitáis.

## 2

Hoy he paseado cerca de mi antigua casa. Cuando mi mente viaja hasta aquel pequeño apartamento en el que vivía hace más de seis años, una oleada de sensaciones extrañas recorre mi cuerpo. Hay odio y angustia; también deseo de matar, e incluso de morir; y también hay amor, pasión y compasión. Recuerdo a Marta. No he vuelto a saber nada de ella desde que me fui de esta ciudad. Siempre he deseado que le fuera todo bien, pero no puedo estar seguro. Era una mujer lista, inteligente. Pero eso ya no garantiza nada. El mundo ya no pertenece a los listos, ni a los inteligentes. Tampoco pertenece a los estudiosos ni a los investigadores. Ahora pertenece a los mediocres. El mundo pertenece a las cucarachas sucias, negras, apestosas. Sobreviven porque se alimentan de la mierda, de los excrementos, de la basura que dejamos los demás. Ellos se la comen y continúan creciendo, expandiendo su poder y su infestación por toda la tierra. No pararán de crecer, de expandirse, mientras nosotros sigamos alimentándonos. Es una jugada perfecta, una jugada maestra. Se alimentan de nuestros desechos y se hacen cada vez un poco más fuertes. Crecen y nos siguen dominando. Y nosotros nos seguimos alimentando en nuestra falsa ilusión, hundiendo nuestros pies cada vez más en turbias mareas de insectos. Repugnantes y asquerosos insectos. Cucarachas. Malditas y asquerosas cucarachas.

Desde lejos observé el quiosco de prensa donde solía comprar los periódicos del día. Ya sólo queda un armazón vacío, sin nadie en su interior. El muy maldito se ha marchado, no me ha esperado. Hubiera sido demasiado fácil volver y encontrarle vendiendo tristes periódicos y aburridas revistas. Pero sé que está en esta ciudad. Nunca ha dejado esta ciudad. Anda por ahí,

escondido, agazapado, seguramente esperando a que vaya a por él. Hace bien en tener miedo. Sería imprudente no tener miedo de mí.

Durante todos estos años he estado pensando mucho. Os mentiría si os dijera que no tuve momentos difíciles, extraños. Llegué a imaginar que yo no era tan perfecto, tan bueno como pensaba. Pero estaba completamente equivocado. Bastaba levantar la mirada del suelo para darme cuenta de mi perfección, de la superioridad en la que vivo. No soy malo, soy justo. Hace años ese maldito petulante, ese presuntuoso traidor, esa víbora imperfecta que aprovechó mi afán por salvaros a todos, por llevaros a un mundo mejor, utilizó mi bondad, mi amor por todos vosotros, para su propio vil y triste beneficio. Pero ahora yo he vuelto. Ahora he recapacitado, he meditado sobre mis errores. Ahora no seré tan descuidado. Ahora yo te encontraré, maldito, y te descuartizaré. Y cuando hunda mis manos en tu vientre cálido, y vea tu rostro pálido y tembloroso, y pueda observar en tus ojos cómo se escapa tu vida entre mis dedos, entonces podré dedicarme a vosotros, a salvar vuestras almas, a ayudaros a vivir y a morir con dignidad.

Después del paseo, volví caminando hasta el centro de la ciudad. He decidido alojarme en una vieja pensión barata durante mi estancia en Madrid. Creo que debo pasar desapercibido, esconderme entre las clases más bajas de esta decadente urbe. Tengo que mezclarme con ellos, con vosotros, y comenzar mi labor de búsqueda. No necesitaré preocuparme por el dinero, o al menos no demasiado. Lo que tengo acumulado debería servir para mantener este mísero modo de vida durante unos meses.

Tengo un plan trazado en mi cabeza, un plan que debería darme la victoria sobre el maldito traidor. Es como una partida de ajedrez. Las piezas están colocadas de nuevo en el tablero. Ahora veremos quién hace mejores movimientos. Mientras caminaba hasta la pensión decidí que ya era hora de mover la primera pieza. Los primeros peones, inevitablemente, caerían pronto.

### 3

Esta mañana me desperté contento. No es volver a esta ciudad lo que me alegra, sino la idea de enfrentarme con el maldito traidor. Es una batalla que venceré, pero para eso necesito hacer algo antes. Debo volver a contactar con él. Verle ayer hubiera sido demasiado fácil. Es preferible así, difícil. Eso me gusta, me hace devanarme los sesos para encontrar la solución. En realidad, la solución la encontré hace tiempo. Será necesario utilizar un cebo para atraer su atención, su curiosidad. Debe saber que estoy aquí, y que le estoy buscando. Y el único cebo que el maldito traidor conoce es el cebo humano. Va a morir gente.

En realidad, que muera gente es algo que no me preocupa. O al menos, no demasiado.



Mejorar la raza humana es la misión para la que nací, y la única manera de mejorarla es quitar de en medio los restos que sobran. Son demasiados, pero no voy a desfallecer, no voy a detenerme ahora. Sin duda, debo aprovechar esta oportunidad que se me ha presentado para hacer ambas cosas. Buscaré los cebos adecuados y le buscaré a él.

Estuve pensando en todo esto mientras desayunaba en una cafetería del centro de la ciudad. Preferí no hacerlo en la pensión, aunque la dueña se ofreció a prepararme el desayuno por dos euros. Le dije que tenía prisa, que debía salir enseguida. Intentaré no pasar allí demasiado tiempo, aunque supongo que será inevitable.

Debo encontrar un cebo para empezar la partida. Sigo manteniendo el atractivo, y un físico envidiable. Durante estos años traté de mantenerme en forma. Es importante seguir cuidando el cuerpo, pero tampoco hay que despreciar el cuidado de la mente. También he leído, he estudiado, he aprendido. Cada día soy más sabio, más grande, más especial. Estoy seguro de que, con tiempo, podría ligarme a cualquiera de esas mujeres casadas solitarias que desayunan cada día en esa cafetería. Hoy las he visto. Desayunaban deprisa, mirando el reloj, como si el mundo estuviera a punto de acabarse y el lugar donde quisieran pasar sus últimos segundos fuese la oficina. Para ese último segundo, que añoran desperdiciar sentadas en una fría mesa de oficina, se maquillan, se visten con trajes insinuantes, y pasan demasiado tiempo frente al espejo peinando sus preciosas cabelleras. Veo sus caras, sus ojos. Veo la soledad y la amargura. Muchas llevan un anillo en el dedo que dice “estoy casada, por favor, sálvame”. Son tristes máquinas diseñadas para la infelicidad eterna.

También hay hombres en ese bar. También lucen anillos dorados, y en la pantalla de sus teléfonos móviles aparecen las figuras de sus hijos vestidos con bañador, junto al mar: las últimas vacaciones. Sus teléfonos, depositados con cuidado sobre la barra del bar, se iluminan de vez en cuando, pero ellos están ocupados mirando el culo de la mujer que desayuna a su lado. Mientras beben el segundo café, el primero lo tomaron en su casa, están imaginando cómo se depilará el pubis esa mujer, y cómo le gustará que se la follen. Se imaginan a sí mismos follándosela, ella a cuatro patas sobre la cama de un hotel, y él penetrándola con fuerza, casi con odio. La imaginan postrada ante ellos, sintiendo un placer doloroso, sumisas ante los empellones de sus pelvis. Lo que esos hombres no saben es que en realidad se odian a ellos mismos, desprecian sus propias vidas, aburridas, monótonas. Es todo ese odio, el rencor de una vida que no es como esperaban, con el que penetran en sus tristes mentes a la mujer que desayuna a su lado cada mañana, mientras sus propias esposas les envían mensajes al teléfono que se ilumina sobre la barra.

El desayuno ha supuesto un verdadero espectáculo de mierda. Ver todos esos rostros, esos gestos, esas vidas derrotadas sin tan siquiera haberlo intentado... Todos ellos merecerían un escarmiento, algo que les hiciera despertar. Quisiera poder explicarles lo equivocados que están, lo

lejos que se encuentran de la perfección. Pero no había tiempo. Necesitaba buscar un cebo que me permitiera acercarme al maldito. Salí del bar dispuesto a recorrer la ciudad hasta encontrarlo. No tardé demasiado. Esta ciudad está repleta de oportunidades. Una calle repleta de prostitutas y chulos era ideal para mis planes. Mataría. Lo haría allí mismo, y dejaría mi señal. Pero no mataría a una prostituta, eso sería lo fácil. Mi cebo sería uno de sus chulos. Así limpiaré de verdad la raza, y me acercaré a ti, maldito traidor.

## 4

Hoy he repetido la rutina de ayer. Me desperté en un colchón repleto de bultos; me duché en una ducha sucia, repleta de manchas de color marrón. El agua apenas sale con fuerza de aquel maldito grifo. Por la mañana, cuando salí de mi habitación, noté que algo se arrastraba al final del pasillo, y se colaba por debajo de la puerta de otra de las habitaciones de la pensión. No hace falta ser demasiado listo para imaginarse la situación. El insecto desapareció rápido de mi vista, atravesando el suelo de frías baldosas negras y blancas. Supongo que todo aquello, aquella forma de vida que yo mismo había escogido para mi regreso, era una forma de condena por todo lo que no supe terminar hace años; un toque de atención del Destino que me advierte, sutil, delicado, que mi misión requiere todos los sentidos de mi cuerpo. No puedo perder la concentración. No debo. Hay demasiadas cosas en juego.

Desayuné en el mismo bar que ayer. Vi los mismos rostros. Las mismas mujeres maquilladas, con sus faldas ceñidas, sus pantalones más ceñidos aún. Y también vi a los hombres, sedientos de sexo y repletos de dolor por sus tristes vidas. De nuevo los teléfonos sobre la barra, con las fotos de sus hijos iluminándose de vez en cuando mientras ellos seguían absortos en los culos de ellas. Muchos se imaginaron esos cuerpos imposibles para ellos mientras anoche follaban con sus mujeres. Se corrieron, tuvieron un orgasmo con los ojos cerrados, buscando una salida para una vida que no es la soñaron cuando tenían dieciocho años.

Después del espectáculo de mediocridad, volví a pasear por la ciudad, haciendo exactamente el mismo recorrido que había hecho ayer. Me detuve más de una hora en aquella calle repleta de prostitutas. Observé su comportamiento, y el de sus clientes. Aquellas mujeres aceptaban que cualquier cerdo se las follara por apenas unos billetes. Ellos llegaban con la mirada perdida, muchos medio borrachos, y hablaban con ellas durante un rato. Ajustaban el precio, aunque supongo que eso estaba ajustado antes de empezar la conversación y, si todo iba como esperaban, se marchaban juntos calle abajo, hasta alguno de los portales oscuros adornados con una pequeña placa donde se indicaba que se alquilaban habitaciones por horas. Normalmente no hacía falta más de media hora

para que el cliente saliera, como algo natural, y continuara su paseo hasta cualquier otro bar, donde podría seguir bebiendo. Poco después salían ellas. Imagino que limpiarse y volver a colocarse la ropa llevaba su tiempo. Y entonces, allí estaban ellos, esperándolas a la salida del portal para recibir el dinero. No había ningún tipo de discreción en todo aquello. Ellas se metían la polla de cualquier hombre, y ellos recibían el dinero.

La escasa reserva de aquellas transacciones no me lo pondría fácil. Mi objetivo estaría a la vista de demasiada gente. Acabar con uno de aquellos chulos sería complicado. Pero no imposible. Continué mi paseo por los barrios más oscuros y bajos de la ciudad. Todo me parecía repulsivo. Todo era repugnante. Pero aquello era algo que ya no me llamaba la atención. Simplemente lo aceptaba. Sabía que así debía ser. Aquella suciedad era necesaria para que otros se alimentaran de ella. Y la suciedad de esos otros alimentaría a la del siguiente nivel en la escala. Así hasta las cucarachas superiores, tan sucias y repulsivas como las que encontré esta mañana en la pensión, pero poderosas. Todo esto debía cambiar. Tenía que cambiar.

Por la tarde volví a la pensión. Decidí cenar allí mismo. La cena se servía en un comedor no demasiado grande. Varios de los inquilinos se hacinaban allí, con sus malditas caras de perdedores, con los ojos rojos del alcohol, vino barato, que habían bebido antes de subir. Salchichas y huevos. Olor rancio. Humo de tabaco impregnado en sus ropas. Pelo grasiento. Y la televisión de fondo, hablando de gente inepta a la que le ocurren cosas asombrosas.

Las náuseas se apoderan de mí. Estar allí, entre aquellas cuatro paredes, rodeado de ellos, me produce ganas de vomitar. Pero tengo que ser firme, tengo que conseguirlo. Este tipo de antros me ayudarán a pasar desapercibido. Nadie se fija en la escoria que vive en lugares así. Debo sobrevivir.

Al final de la cena, decidí bajar a tomar el aire un rato. Un paseo corto, algo que me hiciera respirar aire fresco. Me detuve en el portal y me apoyé contra la vieja puerta de madera. De momento, aquello sería suficiente. En ese momento, una mujer joven se aproximó hasta el portal. Llamó por el telefonillo a la pensión y alguien le abrió la puerta directamente, sin preguntar. Noté que me miraba. ¿Estás bien?, preguntó. Respondí que sí, que sólo necesitaba tomar un poco el aire.

—¿Vives en la pensión? —preguntó.

—Sí.

—Y has cenado arriba.

—A cualquier cosa le llaman cenar.

—Entonces necesitarás tomar el aire algo más que un rato —respondió con una sonrisa en la boca.

La mujer subió las escaleras. No pude evitar fijarme en ella. Tenía un cuerpo bonito, y parecía inteligente. Aquel no era un lugar para ella. Pero tampoco lo era para mí. Tal vez, pensé, ella

podría ayudarme. Tal vez...

## 5

Dos pensamientos han venido a mi cabeza cuando he despertado esta mañana. Los dos han acudido a mí casi a la vez, de forma consecutiva, como si ambos estuvieran ligados. Primero me he acordado de ti, maldito traidor, y he sentido odio. Justo después, me he acordado de la mujer que conocí anoche en el portal, y una extraña sensación de apetencia sexual se ha apoderado de mis sentidos. No entiendo el motivo, pero supongo que saber que una mujer atractiva y aparentemente inteligente ha dormido sola en una de las habitaciones de este cuchitril, me ha hecho sentir cierta lástima, pero también muchas ganas de ella, de su cuerpo. He notado la erección antes de empezar a acariciarme. Me he masturbado. Mis pensamientos divagaban, saltaban del cuerpo atractivo de esta mujer a imágenes que se repiten constantemente en mi cabeza: cuchillos afilados penetrando carne, cortando vísceras y músculos; arterias seccionadas; venas destrozadas al paso del filo de acero. Muerte, sangre, sexo y yo. Supongo que esos son los cuatro ingredientes de los que está hecha la perfección. Muerte... sangre... sexo... yo... muerte... sangre... sexo... yo... muerte... sangre... sexo... yo...

He eyaculado antes de lo previsto. Toda mi esencia se ha desparramado sobre mí y sobre la cama. No estoy orgulloso de eso, pero al fin y al cabo no puedo hacer nada para evitarlo. Durante estos años he aprendido a conocerme, a respetarme más. Esto es parte de mí. No es malo. Los malos sois vosotros, todos vosotros.

Me duché y volví a desayunar en el bar de siempre. Las mismas caras. La misma mediocridad. La misma derrota dibujada en los mismos ojos. El deseo. La lujuria. El ansia de poder. La certeza de lo imposible. Vuestra mierda de vida, al fin y al cabo.

Hoy era el día. Paseé por la ciudad hasta bien entrada la tarde. Ni siquiera comí. Tracé el plan definitivo, el que me haría acercarme a ti de una vez. A última hora del día comencé mi primera jugada de la partida. Fui hasta la calle repleta de prostitutas. Las observé durante un rato. Comprendí quién era el chulo de cada una de ellas. Escogí una víctima. Todos me parecían iguales, todos la misma escoria. Todos me producían el mismo asco, las mismas náuseas. Ellas, sin embargo, me daban pena. Una pena que se apagaba por momentos y se transformaba en rabia. Y la rabia se transformaba en una especie de dolor. Dolor por todos vosotros. Dolor por la raza perdida. Un dolor imposible, pero tan real...

Hablé con ella. Ajustamos un precio por follar. No más de una hora en total. Treinta euros, más los 5 euros de la habitación. Entramos en un portal oscuro, frío. Llamamos a una puerta. En la

entrada no había ningún cartel, nada que indicara que aquello era una pensión. Abrió un hombre bajo y enclenque, medio calvo. Llevaba puesto un pantalón de chándal y una camiseta blanca de tirantes. “Cinco pavos la hora”, dijo a modo de saludo. Le largué un billete de cinco y nos indicó una de las puertas. La puta y yo entramos. Tenía más de una hora por delante antes de cumplir mi plan.

Cuando fue a desnudarme, le pedí que no lo hiciera. Prefería hacerlo yo. Mientras se lavaba en un pequeño bidé que había en una esquina, junto a un lavamanos minúsculo, yo aproveché para sacar mi cuchillo y dejarlo sobre la cama, justo debajo de la almohada. Me desnudé y me tendí en el jergón. Era un colchón blando, y casi podías sentir los muelles bajo la tela que lo recubría. Ella se acercó a mí y comenzó a tocarme. Volví a sentir la erección. Con habilidad, me puso un condón ayudándose de la boca. Era buena en eso, en sexo. ¿Sería buena en todo lo demás?

Tardó poco en demostrarme que era buena follando. Se subió encima mío y, con un ligero movimiento de su cadera, ayudándose apenas de la mano durante un instante, se introdujo mi pene erecto en la vagina. Empezó a moverse sobre mí, mientras me miraba a los ojos y me susurraba frases absurdas. Mis ojos iban de su rostro hasta su sexo, unido al mío. Ella se movía cada vez más rápido. El tacto de sus pechos era delicioso entre mis dedos. Su pelo suelto se movía al compás de cada empujón de sus caderas. La piel de su vientre parecía suave, tersa. Era una chica joven, demasiado joven. Nunca imaginé que los peones de la partida fueran a ser tan jóvenes. Siempre imaginé soldados viejos, cansados ya de la vida. Eso lo haría todo más fácil, más grandioso. Pero el Destino es caprichoso. Ella era un peón que había adelantado su posición para ser masacrada por el enemigo, en busca de otra pieza mayor.

Metí la mano debajo de la almohada y sentí el filo del cuchillo. Lo sujeté firme por el mango y, sin pensármelo dos veces, lo saqué y se lo clavé en la tripa. El cuchillo penetró suave, casi sin resistencia. Ella no llegó a gritar. Estaba sorprendida. Empujé más con el cuchillo. Noté cómo se desgarraban sus órganos internos. Giré sobre mí y me puse encima de ella. El cuchillo continuó haciendo su terrible labor allí dentro. Mi pene seguía penetrándola. Tapé su boca con mi mano izquierda, apoyado por completo sobre su cara, mientras saqué el cuchillo con la derecha. Noté el chorro de sangre caliente saliendo de sus entrañas. Aún seguía viva. Coloqué el filo sobre su cuello y la degollé. La sangre salió rápida al principio, y más despacio al final. Saqué mi pene de su interior justo cuando la vida abandonaba su cuerpo.

Pero ella no era la pieza que yo perseguía. Era un simple peón. Mi objetivo de aquel día era el alfil de negras. Sólo tenía que esperar, y el chulo acabaría llegando. Dejé pasar el tiempo. El cuerpo de la chica fue perdiendo color. Yo observé lentamente cómo su piel palidecía poco a poco, con calma. Sus labios cambiaron su color rojizo por otro mucho más pálido. Así era la muerte, reflexioné.

Al cabo de una hora y media escuché voces cerca de la puerta. Todo transcurría como yo esperaba. El chulo, al no ver aparecer a su puta, subió a la pensión, y el encargado le había señalado la habitación. Aguardé junto a la puerta, con el cuchillo en la mano. El chulo llamó con los nudillos tres veces. Abrí la puerta, haciéndome el despistado. Venía solo. Me aparté y le franqueé el paso. En cuanto vio a la mujer tendida sobre la cama, tiré de él hacia mí. Le clavé el cuchillo en la tripa con fuerza. Empujé hacia arriba, casi cargando su peso sobre mi cuerpo. Noté cómo la punta de mi acero llegó casi hasta la parte inferior del pecho. Intentó gritar, pero de su boca sólo salió sangre. Lo tiré al suelo y continué apretando con mi cuchillo, mientras tapaba su boca, como había hecho con la puta. Saqué el cuchillo, lo miré a los ojos y lo degollé como a un cerdo. Dejé que se desangrara mientras cerraba la puerta. Ya faltaba poco para terminar mi obra.

Cuando salí de la habitación, ya había limpiado todas las pruebas posibles. Sobre el cabecero de la cama, pintado con sangre en la pared, dejé una frase: *Traidor, tu maestro espera*. Sería más que suficiente.

En la puerta de la pensión me esperaba el encargado.

—Oye tío —dijo—, no sé qué rollos os traéis la puta y tú con el jodido ruso ese, pero has estado casi dos horas ahí dentro.

—Te pagarán ellos —respondí.

—Y una mierda. De aquí no se va nadie sin pagar.

Ya lo tenía todo previsto. Le dije que estaba bien, que le pagaríamos allí mismo. Fuimos de nuevo hasta la habitación. Abrí la puerta y entré. Él entró detrás de mí. Cerré justo antes de que pudiera decir nada. Lo golpeé con dureza en la cara. Cayó al suelo con estrépito. Pateé su cabeza con todas mis fuerzas. El hombre se desmayó allí mismo. Me hubiera gustado dejarle ahí, vivo, pero aquella partida de ajedrez no podía jugarse en falso. Era otro peón. Debía morir. Le rompí el cuello y salí por la puerta con tranquilidad. Caminé calle abajo, cada vez más contento. El día se estaba acabando, pero era un gran día, sin duda.

Cuando llegué a la pensión, volví a encontrarme con la mujer atractiva:

—Le veo contento —dijo con una voz que me sonó preciosa.

—Un buen día —respondí con elegancia.

—Eso es fantástico.

—Lo es.

Nos quedamos un rato mirándonos. Después, ella se despidió y salió de la pensión. Yo subí a mi habitación y me tumbé en mi cama. Tenía muchas cosas en las que pensar.

Sábado por la mañana. Hoy he vuelto a bajar a desayunar al mismo bar. Esta vez las caras no eran las de siempre. Sólo había tres personas en toda la cafetería: muchachos jóvenes que hablaban a gritos. Los tres tenían la mirada perdida, los ojos enrojecidos por una noche de alcohol y música. Desayunaban sentados en una mesita, mientras se contaban las hazañas de las últimas horas. Yo los observé tranquilo, apoyado sobre la barra. Supuse que ninguno de ellos tendría más de veinticinco años. Hablaban de las chicas que habían conocido aquella noche, de sus tetas y sus culos. Uno de ellos había conseguido ligar, y contaba en voz alta cómo se había follado a una muchacha morena en el asiento de atrás de su coche. Hablaba tan alto que era evidente que pretendía que le escuchara todo el mundo. Pero allí casi no había nadie más. Su hazaña quedaría envuelta en una neblina de alcohol y drogas. El olor a mujer desaparecería después de ducharse, y entonces volvería a ser el mismo ser mediocre de siempre. Seguiría sentándose delante del ordenador para hacerse pajas viendo vídeos en Internet, mientras sobre la mesa se acumulan los apuntes del máster que está estudiando. Y dejaría pasar los días entre pornografía gratuita y apuntes, esperando el siguiente fin de semana, la siguiente fiesta, el siguiente polvo. Y nada más.

El camarero los miró de reojo mientras encendía el televisor, que gobernaba el local desde lo alto de una de las esquinas. Permanecí atento a las imágenes, esperando que algún noticiero contara mi jugada de ayer. Pero en la pantalla sólo aparecía gente hablando de estupideces: crisis, economía, mercados, bolsas, divisas... Todos eran malditos expertos, todos hablaban como si fueran las máximas autoridades. Pero todos estaban igual de jodidos que los demás. Su gran sabiduría no les había ayudado a evitar los problemas. Farsantes. Malditos mentirosos. Todos.

Saqué mi teléfono del bolsillo y busqué en todas las ediciones digitales de los periódicos. No encontré nada. Mi jugada inicial, mi apertura, no era digna de su interés. Me extrañó bastante. Aquello no era normal.

Pagué mi desayuno y salí a la calle, justo antes de que los tres muchachos volvieran a contar, de nuevo, las mismas historias que llevaban contando desde el principio. Caminé en busca de un quiosco para mirar en las ediciones en papel. Tardé bastante en encontrar un quiosco que no estuviera cerrado. La mayoría de ellos ya sólo servían para pegar carteles anunciando conciertos, y para que los grafiteros dejaran allí su firma. El mundo estaba cambiando.

Por fin, encontré un quiosco. Ninguna de las ediciones en papel decía nada de mi obra. Sentí ira, náuseas. ¿Cómo podía estar ocurriendo aquello? Sin la prensa, mi cebo no serviría de nada, y todo mi plan se venía abajo. Había que solucionarlo. Había que volver a matar. Y había que avisar a la prensa.

Repetir el mismo patrón podría ser un problema. Estaba seguro de que nadie me había visto,

pero no debía volver por esa calle, al menos durante unos días. Decidí caminar, buscando otro objetivo, otro peón para mi partida de ajedrez. De repente, la solución se presentó ante mí. Una sala de cine. Allí volvería a matar. Lo haría el domingo. Y el lunes el traidor ya estaría tratando de dar conmigo.

## 7

Hoy será un día difícil. Tendré que mover otra ficha en esta partida de ajedrez. En una partida, cada movimiento puede suponer un error terrible, pero también acercarse a la victoria. El jaque al rey traidor no se consigue sin sufrimiento. Tampoco se consigue sin sacrificar piezas. Es la ley del ajedrez. La ley de la guerra. La ley de la vida.

Salgo de la pensión temprano. Hoy no quiero desayunar en el mismo bar. Hoy quiero caminar un rato, aclarar mis ideas, repasar los movimientos. Dos horas de paseo me acercan hasta el cementerio. Decido entrar. Tengo que hacer algunas visitas.

Casi no me atrevo a ver la tumba de mi madre. No estoy seguro de merecer ese privilegio. Durante estos últimos años, he tenido tiempo de reconciliarme conmigo mismo, pero aún es demasiado pronto para hacerlo con ella. Aunque no falta mucho, madre, no falta mucho...

Paso cerca de la lápida de Lorena. El odio invade mis sentidos. Con ella empezó mi pena. Ella me obligó a dar el primer paso en falso. Y sin embargo, el odio va dirigido contra mí y, sobre todo, contra el maldito traidor. Ella, al fin y al cabo, no tuvo demasiada culpa de nada. La follé y la maté. Debería sentirse afortunada.

Vuelvo hacia el centro caminando. Sigo observando el mundo que me rodea. Nunca dejo de hacerlo. Y sigo dándome cuenta de la terrible enfermedad que nos afecta. Le doy muchas vueltas. Pienso, medito, reflexiono sobre todo esto. El gobierno de la ignorancia, la época de lo servil, lo indigno, lo patético. Es un tiempo difícil para la humanidad. Está al filo de la navaja. Nuestra supervivencia es complicada. Nuestra especie se aproxima a su final, se deteriora cada día que pasa, y nos sentimos plenamente orgullosos de ello. No quedan valores, no queda justicia. Ya casi no queda nada. Es urgente que yo termine mi labor para poder dedicarme por completo a vuestra redención. Me necesitáis. Es tan evidente...

Paro a comer en un pequeño restaurante de una conocida cadena. Miro alrededor. Familias enteras celebran el domingo; fingen alegría; simulan felicidad; tratan de enterrar su mediocridad entre montañas de aros de cebolla, pizza y tarta de chocolate. Globos y chucherías para que los niños cierren la boca un rato, mientras los padres tratan de buscar algo de lo que hablar. Hace mucho tiempo que no se soportan; que él se querría follar a cualquiera mientras ella sueña con un



romance que le haga sentir especial. Después volverán a sus casas, a sus mediocres vidas. Y se olvidarán de la tarta y de los aros. Y los globos se habrán deshinchado.

Ya es la hora de ir al cine. Salgo del restaurante y me pongo una gorra y las gafas de sol que acabo de comprar. Camino hasta la sala y compro una entrada para una de esas películas noruegas. Creo que hay tres diálogos en toda la cinta. Supongo que la sala no estará demasiado llena.

Me siento en la última fila. Me quito las gafas. Mantengo la mirada baja, mirando mi teléfono. Nadie se fija en mí. Hay pocas personas. Tres parejas y otras tres personas solas. Antes de que apaguen las luces ya he escogido una víctima. Un hombre joven, de unos treinta años. Empieza la proyección. Espero a que pasen diez minutos. Me acerco despacio, agachado. En silencio, me siento justo detrás de él. Nadie parece fijarse en mí. Dejo pasar otros diez minutos para cerciorarme de que todo está en calma. La trama de la película no es mala. De hecho, me gusta bastante. Saco mi cuchillo y, en un movimiento ágil, tapo la boca del hombre con mi mano izquierda y le corto el cuello con la derecha. Escucho un leve quejido, pero el sonido de la película está demasiado alto como para que lo escuchen los otros. Noto cómo su cuerpo se queda sin vida. Limpio el cuchillo en el asiento y lo guardo. Con cuidado, busco su teléfono móvil. Sobre su regazo dejo una nota que ya tenía preparada. De nuevo, el mismo mensaje: *Traidor, tu maestro espera.*

Vuelvo a sentarme en la última fila y espero otros diez minutos. Nadie se ha dado cuenta de nada. Me levanto y abandono la sala. Salgo del cine con la gorra y las gafas y camino rápido mientras utilizo su propio teléfono para hacer un par de llamadas. Espero que los periodistas no tarden mucho en llegar. Limpio las huellas del teléfono, lo apago y lo tiro a una papelera. Ya está hecho.

Poco después vuelvo a la pensión. Ha sido un día muy largo, y necesito un descanso. Repaso en mi mente todos mis movimientos. Una jugada perfecta. Sólo lamento haberme perdido el final de la película. Era buena.

## 8

De nuevo lunes. De nuevo bajo a desayunar al mismo bar. De nuevo vuelvo a encontrarme las mismas caras. No es necesario esperar a las noticias de la televisión para saber que mi plan dio resultado. Todas las ediciones digitales de los periódicos más grandes hablan del asesinato del cine. Cuando desperté esta mañana, lo comprobé en mi teléfono. Fue lo primero que hice. Allí estaban los titulares. Las noticias hablan del asesinato de un hombre joven en un conocido cine del centro. Mencionaban también la nota que el asesino había dejado sobre el cuerpo de la víctima.

En mi cabeza no dejan de repetirse las palabras que escribí en aquella nota: traidor, tu

maestro espera. La misma frase sale de los labios del presentador de las noticias. Y la misma frase se repite una y otra vez en las páginas de los diarios. A estas horas, todo el país conoce esas palabras. A estas horas, el maldito también las conoce. El movimiento ya está hecho. Ahora te toca a ti. ¿Cómo llegarás a mí? ¿Serás capaz de hacerlo sin que yo te vea antes? Una sensación agradable recorre todo mi cuerpo. Ahora ya no hay vuelta atrás. Lucharemos y morirás. Y entonces yo podré continuar con mi trabajo.

Termino de desayunar mientras observo todo alrededor. Siempre he adorado los lunes, es un día maravilloso. Todas esas caras serias, somnolientas; todos esos rostros apagados, tristes; todas esas mentes mediocres dándose cuenta, en una fugaz reflexión, de la pena que dan sus vidas. Todos esos asalariados inútiles, sacos de mierda repletos de sueños incumplidos, pensando ya en el siguiente fin de semana, en el próximo polvo aburrido con sus parejas, en los pequeños momentos de felicidad pasajera de ayer y la larga travesía hasta el próximo sábado. Inútiles. Yo os conozco, sí. Conozco vuestra frustración. Y también conozco vuestra cobardía. Y así seguiréis pasando los lunes, con los gestos alicaídos, con la derrota eterna pegada a vuestra espalda. Se os dio la capacidad y no la supisteis aprovechar. Vuestra historia no merece un buen final.

Después de desayunar voy a la biblioteca pública. Tengo todo el día por delante. Ahora debo permanecer quieto hasta que él conteste; hasta su próximo movimiento. Paso todo el día leyendo. Hoy escojo una novela policiaca de un conocido autor irlandés. Me gustan sus novelas. Intento comprender la mente de esos personajes, los asesinos. Intento entender por qué matan ellos. Lo hacen porque están locos, enfermos, desequilibrados. Yo mato porque estoy cuerdo; porque pienso con la claridad de los elegidos; porque os amo. Desde el odio más profundo de mi alma surge un sentimiento de amor hacia todos vosotros. Soy el verdadero Mesías.

Por la noche vuelto a la pensión con calma, despacio, meditando las posibles opciones, calculando las variaciones, imaginando el tablero de ajedrez en mi cabeza. De repente, una voz conocida. Es ella, la mujer de la habitación de al lado. Lleva un bonito vestido de color rojo, elegante, sensual. Me detengo junto a ella y nos miramos a los ojos. Permanecemos unos segundos en silencio, hasta que ella lo rompe con una voz cálida.

Conversar con ella es una sensación muy agradable. Creo que es una mujer increíble. Cenamos juntos en un restaurante cerca de la pensión. Por supuesto, yo pago la cuenta. Después, tomamos una copa. Charlamos hasta casi las dos de la mañana. Había quedado con una amiga, pero ha roto sus planes para cenar conmigo. Todo surge natural con ella. La conversación fluye inteligente a lo largo de las horas. Es un oasis de luz en mitad de un desierto. Creo que tengo mucha suerte de conocerla.

Al volver a la pensión, nos despedimos con dos besos y un abrazo. Cada uno se va hacia su habitación. Justo antes de entrar en mi cuarto, me doy la vuelta y miro hacia el suyo. Ella también

se ha girado. Nos sonreímos. Ella abre su puerta y desaparece en la oscuridad de su cuarto. Pienso si ir detrás y entrar allí dentro. Pienso si follar con ella sería una buena idea. Decido esperar. Esta noche prefiero pensar. Tal vez mañana.

## 9

Abro los ojos y miro al techo mal pintado de mi habitación. Me fijo en un desconchado que hay justo en una de las esquinas. No puedo apartar mi vista de esa imperfección. La habitación está repleta de imperfecciones, la casa también lo está. Esta ciudad es imperfecta. El mundo es un jodido lugar repleto de imperfecciones. Pero yo me fijo en esa. Es pequeña, mide unos cinco centímetros, pero es el comienzo de algo mayor, de una imperfección más grande. La observo con tranquilidad, mientras dejo que el aire cargado de la habitación entre en mis pulmones. Inhalo y exhalo lentamente, tratando de memorizar el contorno de aquella terrible muestra de realidad en una esquina de mi habitación en la pensión. Es el mundo exterior representado en un minúsculo trozo de yeso destruido por la ineptitud y el paso del tiempo.

Dejo que el aire cargado siga contaminando mis pulmones durante un buen rato más. Después cierro los ojos y trato de recordar la figura del desconchado. La imagen se representa nítida en mi mente. Imagino que recorro su contorno con mis dedos. Abro los ojos. Vuelvo a ver la imperfección y veo tu rostro reflejado en ella.

Me levanto de la cama y busco noticias tuyas con mi teléfono móvil. Espero encontrar una respuesta tuya, algo que me indique que has recibido el mensaje. Pero no leo nada de eso. Sólo las mismas noticias de siempre, pero con las fechas actualizadas. Política. Economía. Guerra, que al fin y al cabo es política y economía. La estupidez humana una y otra vez, repetida en un bucle eterno, sin fin.

Mientras me ducho pienso que quizá sea demasiado pronto. Imagino que te costará un tiempo asimilar todo lo que te va a pasar. Todo lo que te está pasando. Dejaré que te tomes tu tiempo para hacer tu movimiento. Pero no debes tomarlo con demasiada calma, traidor, las agujas del reloj ya giran y tu momento está a punto de acabar.

Antes de bajar a desayunar me fijo en la puerta cerrada de la habitación de ella. Siento ganas de llamar a la puerta, de entrar y hablar con ella para desintoxicarme de lo absurdo del mundo. Cuando uno encuentra mentes así, dignas de ser llamadas humanas, debe cuidarlas bien, cuidarlas mucho. Son demasiado escasas.

Sin embargo, decido continuar con mi plan para hoy. Prefiero esperar. Debo ser paciente. Estoy en una época extraña de mi vida, y debo tomar las cosas con calma. No puedo permitirme

más errores.

Bajo al bar. Es temprano. Veo los mismos rostros de cada día. Las ojeras, el cansancio, la mediocridad. En la televisión, el presentador anuncia lluvias para ese día. Hace un chiste malo, trata de ser gracioso pero es patético. Junto a la barra, un hombre vestido con un elegante traje me dirige una mirada despectiva. Yo llevo unos pantalones vaqueros y una camiseta. Aún no hace demasiado frío. Debo parecerle poca cosa al hombre elegante. Aparta la vista de mí y la vuelve a fijar en su teléfono móvil, pero yo ya no puedo dejar de mirarle. Algo se ha encendido dentro de mí, una maldita luz que ya no se apaga. No puedo evitar el deseo que surge en mi interior. Quiero verle morir, desangrarse sobre un sucio suelo, mientras sus ojos se clavan en los míos, comprendiendo, aterrorizado, que yo le arrebaté la vida que no supo aprovechar.

Pero debo tranquilizarme. No puedo precipitarme. Un paso en falso podría significar el final de mi magistral partida. Pido un vaso de agua para tomar junto al café con leche. El gilipollas vuelve a levantar la mirada y vuelve a fijarse en mí. Noto los latidos de mi corazón. Bebo el vaso de agua con calma, sosteniéndole la mirada. Él vuelve a mirar el móvil, lo guarda en el bolsillo, de donde saca unas monedas. Cuenta el dinero y lo deja sobre la barra. Justo antes de irse, lanza una última mirada sobre mí y desaparece en la vorágine de la calle.

Ese gilipollas del traje me ha estropeado todo el resto del día. Apenas he podido concentrarme en la lectura. De nada han servido los paseos que he dado durante todo el día, ni la agradable conversación que, otra vez, he tenido con ella. No he podido borrar su imagen de mi cabeza. Ese hombre, ese maldito hombre... ¿Cómo podría utilizarlo en mi partida de ajedrez?

## 10

Miércoles. La mitad de la semana laboral para la mayoría de los malditos mediocres que deambulan por la ciudad sin saber que están vivos. Responden a impulsos nerviosos, estímulos externos, sin saber exactamente por qué lo hacen. Anhelan más dinero, como el perro espera su golosina después de defecar en la calle, sin plantearse otra forma de ser, de expulsar cada día su mierda. Y también quieren más poder, porque tienen miedo, pánico, a perder lo que creen que poseen ahora mismo. Pero no poseen nada, no tienen nada. Son simples esclavos de sus pertenencias, de sus ideas. Almas engañadas, patéticas, penosas.

Así es el hombre del traje que ayer me miraba con desprecio mientras tomaba mi café en el bar. Pero hoy será distinto, hoy no me verá, no me podrá mirar con el ceño fruncido, como si mirara a un vagabundo cualquiera. Hoy seré yo el que le observe, el que le siga, con la paciencia del cazador, con la certeza del que sabe que, si juega bien sus cartas, aniquilará a su presa.

Él está dentro del bar, desayunando mientras mira su teléfono móvil. Yo estoy fuera, en la acera de enfrente, esperando tranquilo, paciente. Al cabo de diez minutos, el hombre sale y se dirige directamente hacia la estación de metro más cercana. Sigo sus pasos desde una distancia que considero prudente. No tengo miedo de que me vea. Sé que está sumido en sus propios pensamientos, en las tareas que deberá hacer ese día en el trabajo. Lo último que se le pasa por la cabeza es que le puedan seguir.

Se mete dentro del metro. Yo entro en el mismo vagón que él, pero por otra puerta. Está repleto de gente. Hace un calor horrible dentro de esa sauna móvil. No puedo dejar de impresionarme con los rostros que me rodean. Caras serias, tristes, apagadas. No encuentro ni un ápice de vida en ninguna mirada. Siento una tremenda tristeza por todos ellos, por todos vosotros. Espero poder devolveros la felicidad pronto, muy pronto.

El metro avanza, estación tras estación. En cada parada, la gente sube y baja del vagón intercambiándose sitios, posiciones, como granos de sal en un vaso de agua demasiado saturado. Pero yo sigo sin perderle de vista. Él continúa serio, con la mirada perdida en algún punto del suelo. De vez en cuando, levanta la cabeza para observar el culo de alguna chica joven. Entonces sí le cambia la cara. Puedo detectar en su rostro la ansiedad, el deseo, la lujuria. Quisiera follarla allí mismo, en ese vagón repleto de gente. Pero en la siguiente parada el culo joven se baja del vagón y su lugar lo ocupa el de un hombre gordo. Entonces él vuelve a mirar al suelo, y espera hasta la siguiente mujer joven.

Por fin llega a su destino. Bajo en la misma parada que él y sigo sus pasos. Camina deprisa. De vez en cuando saca el móvil del bolsillo y mira la pantalla. Salimos a la superficie. Agradezco el aire fresco de la mañana después del horror contaminante del metro. Continúa caminando hasta entrar en un edificio de oficinas. Coincide con otro hombre al entrar y desde mi lugar les observo saludarse hasta que desaparecen en el interior de la gran mole de cemento y cristal ahumado. Busco un lugar donde esperar el resto del día. Va a ser una jornada larga para los dos.

Paso el día entero entre dos cafeterías y un banco desde el que puedo controlar las entradas y las salidas del edificio. Le he visto salir a comer con varios compañeros. Volvió a entrar una hora después. Por la tarde le veo salir del edificio y, de nuevo, coger el metro de vuelta a casa. Sigo sus movimientos. Analizo la situación. Va a ser complicado acabar con él. Demasiada gente, demasiado ruido.

Pero la constancia siempre trae cosas positivas. Por fin encuentro el momento. Cuando vuelve a casa, pasa por una calle poco transitada donde hay una entrada de garaje. Calculo que ese será el lugar donde acabaré con su vida. Pero debo esperar a mañana. Hay que planificar algunas cosas. Mañana, amigo mío, será tu último viaje en metro. De nada.

Han pasado ya varios días desde que eliminara mi peón en el cine y tú sigues sin ponerte en contacto conmigo. Aún no tengo demasiada prisa, pero me gustaría, querido amigo traidor, saber de ti. Quisiera saber que estás bien, que estás vivo. Me encantaría saber que has recibido mi mensaje, mi invitación a jugar esta hermosa partida de ajedrez. Pero tú no respondes, te escondes en tu madriguera, esperas pasar el invierno ahí dentro, bien calentito, sin arriesgarte al frío desgarrador del mundo. Yo soy un cazador paciente. Esperaré aquí fuera lo que haga falta, el tiempo que sea necesario, hasta acabar contigo de una vez por todas. Voy a echar un poco más de cebo. Carnaza. Piezas que deben morir en el tablero para acabar derribando al rey cobarde. Tómate tu tiempo. El final será el mismo.

Bajo a desayunar, como cada día, y observo la pieza que sacrificaré hoy. Vuelve a mirarme con desprecio. Yo espero tranquilo, sosegado, saboreando lentamente mi café con leche, mientras dibujo en mi mente el callejón solitario, la entrada del garaje, su sangre oscura confundiéndose con la porquería aceitosa que recubre el cemento. Es una escena tan perfecta que casi no puedo esperar a verla...

Estoy hundido en mis propios pensamientos cuando su voz dulce me devuelve a la realidad. Es Gema, la mujer de la pensión. Mi amiga. Nunca la había visto a esas horas allí, pero me comenta que hoy tenía algo urgente que hacer por la mañana. Lleva prisa, dice, y tiene cara de sueño, pero aún así la conversación con ella es muy agradable. Le digo que yo también tengo un día ajetreado por delante, pero que si quiere podemos cenar juntos esa noche. Ella me observa con media sonrisa en la boca. Le parece bien, me dice. Quedamos a las nueve de la noche en la puerta de la pensión.

Cuando Gema se va, me doy cuenta de que el trajeado, que aún sigue allí, la mira con deseo, con lujuria. Ella es una mujer atractiva, y soy consciente de que muchos hombres desviarán sus miradas hoy para tratar de fijarse en su hermoso cuerpo, pero me molesta especialmente que lo haga ese gilipollas.

De nuevo vuelvo a sentir la sangre fluyendo rápida por mis venas, mi corazón bombeando con fuerza. Debo controlarme, parecer tranquilo. Esta tarde ocurrirá todo. Él morirá, y yo enviaré un nuevo mensaje al traidor. Y después cenaré con ella. Será un día perfecto.

Dejo pasar las horas tranquilo, sereno, mientras leo en la biblioteca. Sigo devorando novelas policiacas, mientras trato de averiguar si el autor del relato ha vivido alguna vez una situación semejante a las que describe en sus páginas. ¿Cómo será ese escritor en la intimidad? ¿Sería de verdad capaz de asesinar como lo hacen los personajes de sus historias? ¿Sería capaz ese cuentista de hundir el filo de un cuchillo en el cuerpo de un hombre, y admirar la belleza de la muerte mientras el otro boquea como un pez fuera del agua buscando el aire insuficiente para evitar el

final? Seguro que no. Ese hombrecillo de vida insulsa y desperdiciada no pasará jamás de la imaginación, nunca llegará a vivir de verdad. Todo ocurrirá en su mente. Nada más.

Pasan las horas. Llega el momento de sacrificar otra pieza. Vuelvo a la pensión a recoger el material. Dispongo de todo lo necesario para acabar el trabajo. Soy metódico, soy una máquina perfecta. Salgo del portal y camino hasta el garaje. Hay mucha gente aún por las calles, pero la oscuridad es mi aliado más fiel esta tarde.

La calle está casi vacía, como esperaba. Sólo hay un hombre paseando a lo lejos. Camino hasta la esquina contraria. Esperaré a que aparezca el peón. Luego, volveré hasta el centro de la calle, y me agazaparé en el garaje oscuro. Allí ocurrirá todo.

Mientras espero, noto cómo mi pulso se acelera ligeramente, pero sin llegar a desbocarse. Eso es buena señal, mi cuerpo está respondiendo bien. Soy capaz de controlarme. De pie, junto a un portal, espero paciente. Nadie se fija en mí. Yo no me fijo en nadie. Pasan los minutos. Son más de las ocho y cuarto de la tarde, y el maldito peón aún no ha aparecido. Sigo esperando...

Por fin le veo a lo lejos. Distingo su cara de cansancio desde mi posición. Tranquilo, pronto descansarás, pienso mientras avanzo por la calle estrecha y desierta hasta mi escondite. Allí permanezco en silencio, atento a cualquier ruido. Escucho pasos que se acercan, lentos, cansados. A los pocos segundos, su figura aparece frente a mí. Sin dudarlo ni un momento, me abalanzo sobre él desde detrás. Con la mano izquierda tapo su boca, mientras la mano derecha hunde el cuchillo en su espalda. Noto cómo se estremece su cuerpo, y sus ochenta kilos cayendo al suelo me arrastran con él. Los dos caemos, yo sobre él. Mi propio peso hunde más el cuchillo. Está tan petrificado que no hace nada para evitar lo que está a punto de suceder. La punta metálica y afilada toca algo duro. Al principio pienso que es un hueso, pero no tiene sentido. Entonces comprendo que es el suelo. Le he atravesado por completo. Con fuerza, me incorporo a la vez que tiro de él, arrastrándolo hacia el interior de la entrada del garaje. Un reguero de sangre inunda el cemento. Allí dentro, saco el cuchillo. Él vuelve a sacudirse. Más sangre. Aún está vivo. Destrozado, pero vivo. Le miro a los ojos. Observo su expresión de horror. Es incapaz de emitir ningún sonido. Me encantaría recrearme en esa escena, pero no puedo permanecer más tiempo allí, así que con un movimiento rápido secciono su garganta. El líquido rojo brota a borbotones. Su rostro cambia de expresión. Su horror se transforma en una mueca casi cómica, con la lengua fuera de la boca. Es patético. Limpio el cuchillo en su camisa, mientras dejo que su sangre termine de manar con fuerza. Cojo su teléfono móvil y me lo guardo. Todo ha acabado ya. Dejo una nota sobre el cuerpo y salgo de allí rápido, sin mirar hacia atrás. Todo ha salido de maravilla.

Sólo queda una cosa por hacer. Mientras camino hacia la pensión para guardar el cuchillo, llamo a la prensa. No doy demasiados datos: digo lo suficiente para asegurarme de que publicarán la noticia, aunque a esas alturas no tengo ninguna duda.

Llego a mi habitación, guardo el material en mi maleta y me dispongo a salir. Me doy cuenta de que llevo la chaqueta manchada de sangre. Me quedo quieto, mirando los oscuros goterones de líquido vital, tratando de recordar cuánta gente me había cruzado en mi regreso.

Miro la hora: son las nueve de la noche. He quedado con Gema. Me quito la chaqueta, la guardo en una bolsa de plástico, y me visto con ropa limpia. De momento me desharé de ese maldito trozo de tela sucia y después iré a cenar. Lo más probable es que nadie se haya fijado. Tendré que tener más cuidado la próxima vez.

## 12

Abro los ojos. La luz se cuela por las rendijas de la persiana de la habitación, rompiendo la oscuridad. El perfil de algunos objetos se dibuja en la penumbra. Me noto muy relajado en este lugar. He dormido como un bebé esta noche. Siento que mi cuerpo está descansado, listo para un nuevo día. Me incorporo con tranquilidad, mientras repaso en mi mente los acontecimientos de ayer. Fue un gran día. Acabé con la vida del inútil del bar y después cené con Gema. Nos quedamos hablando hasta las dos de la madrugada en un bar que hay cerca de la pensión. Nos despedimos con un beso dulce, suave, en los labios. Las cosas están yendo tranquilas entre ella y yo. Eso me gusta. Así tendré tiempo de preparar con calma mis planes. La partida requiere mucha concentración. Todas las piezas deben estar controladas. De momento, todo va bien.

Salgo de la pensión y bajo a desayunar. Es viernes. Veo caras plagadas de sonrisas. Llegar hasta el último día de la semana es todo un logro para una gran mayoría de mediocres. Lo saben. Saben que son completamente infelices, aunque no se atreven a cambiar sus vidas. Pero cada vez está más cerca la redención. Pronto liberaré sus almas.

Pido un café con leche mientras abro uno de los periódicos que hay en la barra. De fondo, el murmullo de la televisión martillea mi cabeza. Hoy me desperté más tarde que otros días, y aún no he mirado las noticias en el teléfono. He preferido leer con calma los titulares en los viejos periódicos de papel. El papel tiene cierto encanto. Es algo antiguo, arcano cuando se compara con las tecnologías actuales. Aún no sé si avanzamos o retrocedemos.

Miro la portada. Se me hace difícil contener la sonrisa. Mi rostro no muestra ningún indicio de alegría, pero por dentro estoy gritando de emoción. Leo y releo el mismo titular. Una y otra vez. Me embriago de emoción. El gran día ha llegado. Mi oponente ha decidido comenzar sus movimientos. La ciudad es un tablero de ajedrez. Las fichas caen. Los peones mueren. Es tan emocionante...

Bebo mi café con leche con tranquilidad, mientras sigo leyendo. Me tomo mi tiempo. Hoy



es un día importante. Será necesario reflexionar bien cada movimiento a partir de ahora. Acabo de desayunar y devuelvo el periódico a su sitio. Lo dejo doblado, con el titular bien visible. Pago y echo un último vistazo antes de irme: “Locura homicida: dos asesinatos en la misma noche sacuden Madrid”. Bienvenido, viejo amigo.

## 13

Cuando despierto, Gema aún sigue junto a mí. Noto su cuerpo desnudo junto al mío. Entra bastante luz por la ventana. Debe ser tarde. Recorro la habitación con la mirada. Todo está bien ordenado, a excepción de la ropa con la que anoche salimos a cenar, que está tirada por el suelo. No esperaba que esto ocurriera tan rápido, pero supongo que fue algo inevitable. Volvimos a llegar a la pensión tarde, muy tarde. Pero esta vez no nos separamos en el pasillo. Ella me abrazó y me besó en los labios. Sentí una sacudida dentro de mí, y los dos acabamos en su habitación. No me arrepiento, pero sé que puede ser un problema más en mi compleja partida de ajedrez. Otra variable más a tener en cuenta. Otra pieza. Una reina. Mi reina.

Escucho su respiración lenta, relajada. Sigo sumido en mis pensamientos. Estudio el tablero en mi mente. Veo mis piezas dispuestas para el ataque. Y la veo a ella, junto a mí. Es peligroso. El exceso de celo sobre la reina puede llevar perder una partida. El equilibrio es necesario, es importante. No debo dejar que se exponga demasiado. Debo controlar el centro del tablero. Debo manejar la partida.

Recuerdo el nombre de la calle en la que sacrificó su primera pieza, apenas unas horas después de que yo lo hiciera. En silencio, acerco el pantalón hasta mí y cojo el móvil, que aún permanece en el bolsillo. Miro la ubicación de la calle en el mapa. Está lejos de mí. Nos separan casi seis kilómetros. Es curioso. Ha matado muy cerca del quiosco en el que trabajaba hace años. Siento como si el tiempo no hubiera pasado. También siento la necesidad de acabar la partida lo antes posible. Debo hacerlo bien, pero rápido. Estoy acumulando demasiado trabajo. Debo apresurarme para centrarme en mi objetivo real: salvaros a todos.

Por fin, Gema despierta. Me mira y me besa los labios con suavidad. Yo respondo a su beso, mientras noto cómo su mano acaricia mi pecho y desciende, poco a poco, hasta mi pene ya erecto. Lo acaricia y comienza a masturbarme. Mi mano también se desliza por su cuerpo hasta su sexo. Lo noto húmedo. Mi erección parece crecer por momentos. Con un movimiento brusco ella se coloca encima de mí, a horcajadas. Utiliza su mano para guiar mi pene hacia su interior. Yo me dejo hacer. Ella comienza a moverse. Despacio al principio. Más rápido después. No tarda mucho en gemir, mientras el movimiento se vuelve algo más brusco. Intento seguir su movimiento. Elevo mis

caderas justo en el momento en que ella desciende sobre mi pelvis. Noto como la penetro más y más cada vez. Así seguimos un rato hasta que los dos comenzamos a perder la cabeza. Ya no hay sincronización en los movimientos. Ya sólo hay sexo y gemidos. Y flujos. Y movimientos bruscos, casi violentos. De repente, giro sobre mí hasta que ella está debajo. Le pido que se coloque boca abajo. Ella lo hace rápidamente y yo la penetro así, mientras observo su espalda y el pelo que cae sobre su cuello y los hombros. Empujo con fuerza y noto cómo su vagina acepta mis embestidas. Ella gime. Yo respiro con fuerza. Mientras sujeto el peso de mi cuerpo con mi mano izquierda, recojo su pelo con la derecha, y me inclino sobre ella. Gema gira la cabeza y nos besamos, mientras sigo embistiéndola con fuerza. Poco después, ella grita de placer, y yo noto una oleada de calor en mi sexo. El orgasmo también invade mi cuerpo. Cierro los ojos y me dejo llevar. Mi reina, mi querida reina.

Pasamos todo el día en su habitación, sin salir de la cama. Hacemos el amor y descansamos. Después volvemos a hacerlo y volvemos a descansar. Ni siquiera salimos para comer. Son más de las ocho de la tarde cuando, después de todo un día de sexo, decidimos salir a cenar.

Las calles están repletas de gente paseando, felices, ajenos a todo lo que está ocurriendo. Es sábado por la noche, y todo lo malo parece desvanecerse después de la segunda copa. Cenamos en una taberna del centro. La comida está deliciosa. Nos miramos y sonreímos. A ratos, pienso, yo también soy como todos los demás. A ratos, soy ajeno a lo que está ocurriendo. Pero entonces, una imagen llama mi atención. Clavo los ojos en el televisor que hay en una esquina del local. El sonido está desactivado, pero sobre la imagen de un cuerpo tumbado en el suelo, tapado con una manta plateada, se puede leer un letrero informativo: “Brutal asesinato en un barrio de Madrid. La policía desconcertada”.

No tengo ninguna duda. Eres tú. Has tardado poco en mover. Ahora me toca a mí.

## 14

Domingo. Me despierto temprano y, en silencio, abandono la habitación de Gema. Antes de irme, ella se da la vuelta y me mira. Le indico que siga descansando, que yo tengo que ocuparme de unos asuntos personales. Ella asiente en silencio y vuelve a cerrar los ojos. No me pregunta nada más. Adoro esa clase de discreción. Es justo lo que yo necesito en estos momentos.

Voy hasta mi cuarto y enciendo el ordenador portátil. Repaso con calma las noticias del día anterior. Ayer lo hiciste bien, enemigo mío. Pero yo lo haré mejor. Según la prensa, la víctima de ayer murió de un corte en el cuello. Al parecer, el corte fue realizado con una cuchilla muy afilada, tal vez un cúter. El tajo fue preciso, directo a la yugular de la víctima, que se desangró en pocos

minutos. La policía, dice la prensa, no tiene ninguna pista del asesino. El difunto no guardaba relación con ninguna banda organizada. El robo está descartado, pues el hombre aún llevaba la cartera en el bolsillo de la chaqueta cuando fue descubierto por un empleado de la limpieza. Podría tratarse de una discusión que acabó mal, asegura el periodista, pero sin duda la forma recuerda demasiado al que ocurrió justo el día anterior. La policía está desconcertada... La preocupación por los asesinatos crece cada día.

Los artículos que leo son bastante interesantes, sobre todo el de uno de los periódicos que habla de dos asesinos en Madrid: uno, al parecer, se hace llamar “maestro”, y menciona a un “traidor” en cada escenario de muerte. El otro sólo mata; no deja notas ni se hace llamar de ningún modo. El periodista habla de una posible relación, pero es demasiado pronto para saber nada. Un tipo listo, ese juntaletras.

Las piezas de la partida ya se mueven, imparables, hacia el desenlace. Me gusta que nos relacionen, y me encanta que vean los dos estilos diferentes... Y adoro que no sepan la verdad de todo eso; que no sepan que, en realidad, son peones de una partida que jamás llegarían a comprender.

Debo reconocer tus méritos, maldito traidor. Aprendiste bien de tu maestro. Fuiste un discípulo aventajado. En cierto modo, siento admiración por ti. Por supuesto, no lamentaré acabar contigo. Es algo que debo hacer. Es necesario para mí, para ti y, sobre todo, para el bien de la humanidad. No podemos, no debemos, olvidarnos de por qué estamos aquí. Esta sociedad tan triste, tan apática, tan llena de pena y de ira, nos necesita. Ahora más que nunca. Y cada día que pasa, la curación será más dolorosa.

Observo en el mapa la ubicación de tu última obra mortal. Ahora estás a tres kilómetros de mí. Será necesario mover otra ficha para acercarme un poco más a ti. Un nuevo peón deberá ser sacrificado. Pero, ¿cómo? Tiene que ser un movimiento espectacular. Algo distinto. Algo fuera de lo común. Algo que demuestre al mundo quién es el mejor, el único.

De repente, alguien llama a mi puerta. Cierro todas las ventanas del ordenador antes de que entre. Es Gema. Acabo de recordar que aún no he desayunado, y ella querrá salir a dar un paseo después. No me vendrá mal dar un paseo. Necesito encontrar la situación adecuada en el tablero para el siguiente sacrificio. Aprovecharé para abrir bien los ojos. A veces, la solución a los problemas está justo delante de nuestras narices. Sólo hace falta saber mirar.

Nos duchamos juntos y salimos. Desayunamos. Después decidimos caminar por los rincones escondidos de esta ciudad. Recorremos un sinfín de callejones solitarios, estrechos, donde apenas se escucha el rumor de los coches a lo lejos. Vamos cogidos de la mano, como una pareja de adolescentes enamorados. Mientras disfrutamos del paisaje urbano, yo voy buscando posibilidades para mi proyecto personal.

Hacia mediodía encuentro el lugar perfecto. Se trata de una heladería que hay al comienzo de una calle, cerca de una plaza. Hoy está repleta de gente, pero sé que mañana, lunes, no habrá nadie. Tendré una buena oportunidad. Gema y yo compartimos un helado de vainilla con nueces. Yo no puedo evitar mirar a la heladera. Es una chica joven, extranjera. Yo diría que de el este de Europa. Es un peón rubio y con ojos azules. Una mujer verdaderamente atractiva. Para muchos será una pena. Par mí será algo natural. La belleza también muere.

## 15

Lunes. Ya han pasado quince días desde que comencara de nuevo a escribir este diario. Hace dos semanas que dispuse las piezas sobre el tablero, y los acontecimientos se suceden rápidos. Son movimientos feroces, como los zarpazos de dos tigres luchando entre la hierba baja.

Desayuno fuera de casa, en la misma cafetería de siempre. Hoy está un poco más vacía. El viernes pasado no me di cuenta. Creo que aún estaba embriagado por el aroma de la sangre que derramé la noche anterior. Pero hoy sí lo veo con claridad. El idiota trajeado ya no vendrá jamás a molestarnos tan temprano. Aquí todos le conocían. De alguna manera, todos habían cruzado algunas palabras con él. Es curioso cómo suceden las cosas; cómo ocurre la vida. No veo señales de dolor ni de tristeza en ninguna cara. Sí saben que ha muerto. Lo comentan abiertamente. Incluso yo me atrevo a hacer algún comentario. “Qué barbaridad. El mundo se ha vuelto loco. Ya no se puede ir seguro por la calle”, respondo. Intervengo en la conversación porque me toca, porque sé que es necesario fingir consternación ante un hecho semejante. Qué ridículo. En sus ojos veo que no les importa nada el muerto. Tienen miedo por ellos mismos, no quieren ser los siguientes en la lista. Pero el tipo ese, el del traje... Ese no le importa a nadie. Nadie le importa a nadie. Es el egoísmo en el que vivimos; en el que nos hundimos; en el que naufragamos como una patera a la deriva.

Paseo con tranquilidad por el centro después de desayunar. Paso por delante de la heladería. Aún está cerrada. Leo en el cartel que abren a las once de la mañana. Es perfecto. Tengo tiempo de volver a la pensión para recoger el material. Lo guardo en el doble fondo de una maleta de esas que tienen ruedas y asas para transportarla. Hoy bastará sólo con un cuchillo mediano, bien afilado. A veces no es necesario mucho más.

Antes de salir de la pensión de nuevo, me tumbo en la cama boca arriba, dejando que pasen los minutos. Iré a eso del mediodía. Tendré que ser cuidadoso. Repaso el plan en mi cabeza una y otra vez. Es simple, fácil. Un movimiento directo sobre el tablero. Sin complejidad. Una jugada valiente, a la luz del día. Espero que sepas apreciar su valor.

Salgo hacia la heladería. Una vez allí, espero fuera el momento justo. Hay dos personas

comprando helados. Son extranjeros. Dejo que salgan y, justo después, entro yo. La muchacha me atiende con educación. Finjo no decidirme por el sabor del helado que quiero. Señalo uno. Ella me dice que es una gran elección, que ese es su favorito. Vainilla con pequeños trocitos de chocolate. Miro hacia la puerta. No hay nadie. Ella se inclina sobre el congelador. En su mano lleva el cucharón para sacar el helado. Está bastante duro, y veo cómo tiene que esforzarse para rellenar el cucurucho grande que he pedido. Vuelve a agacharse para sacar otra bola. En ese momento yo agarro su cabeza con mi mano izquierda desde el otro lado del mostrador. En la derecha ya empuño el cuchillo. Ella no llega a gritar. Clavo el acero en su cuello y tiro del mango con un movimiento brusco, seco. Secciono parte de su garganta. La sangre sale a borbotones y se desparrama sobre los helados. En menos de unos segundos el color de su cara cambia por completo. Su cuerpo, ya flácido y sin fuerza, se desploma sobre los tarros. Suelto su cabeza y, rápido, voy hasta la puerta de la calle. No hay nadie. Es una calle tranquila. Me pongo los guantes y bajo la persiana de seguridad. El interior de la tienda queda en una penumbra que me parece hermosa, romántica. Vuelvo hasta el cuerpo de la mujer. El calor de la sangre derramada derrite lentamente los helados. Una pasta con sabor a muerte se forma en el congelador. Saco algunas tarrinas. Necesito hacer sitio para su cuerpo. El tronco ya está dentro del congelador. Agarro sus piernas y las empujo dentro. Cierro. Observo la escena. A través del plástico translúcido del congelador veo la mezcla de sabores. Un helado humano con toques de vainilla.

Dejo mi nota sobre el mostrador. Recojo su teléfono móvil, que está junto a la caja registradora. Limpio la sangre del cuchillo con los trapos de cocina que encuentro. Reviso la escena antes de acercarme a la salida. Subo la persiana hasta la mitad. Alguien pasa por la calle. Dejo que se marche. Espero unos segundos hasta asegurarme de que no queda nadie. Salgo y vuelvo a bajar la persiana. Me voy caminando tranquilo. Me cruzo con un grupo de extranjeros. No se fijan en mí. Están encantados observando los edificios.

Cuando estoy a varias manzanas de la heladería, marco el número de un periódico distinto al de las otras veces. Hay que repartir la suerte. En medio minuto explico lo que necesitan saber. Borro las huellas del teléfono y lo tiro a una alcantarilla.

Despacio, camino hacia un restaurante de la zona. Tengo ganas de comer algo. El trabajo duro me abre el apetito. Y hoy he trabajado muy duro.

## 16

Mi obra de arte aparece en la primera página de todos los periódicos del país. También los diarios extranjeros en Internet hablan de mí. En realidad hablan sin saber muy bien de qué. Opinan.

Escupen noticias, una detrás de otra, como si supieran lo que está ocurriendo. Inútiles. No saben nada.

“Terror en Madrid”, es uno de los titulares más alarmistas. “Horrible serie de asesinatos”, dice otro titular. Varios incluyen el contenido completo de la nota que dejé ayer en la heladería:

*“Querido traidor:*

*Nuestra partida sigue su curso. Espero impaciente tu próximo movimiento. No te equivoques. A estas alturas del juego, cualquier error puede resultar fatal.*

*Te saluda atentamente:*

*Maestro”*

La policía, al parecer, está desconcertada. Según informan, no están realmente seguros de lo que está pasando. Creen que se trata de dos o más asesinos, pero no descartan la posibilidad de que sea uno solo. O que incluso puede tratarse de una simple casualidad. Oportunismo. Nada. En realidad no saben nada.

Es martes. He pasado el día en la biblioteca, leyendo. A mediodía hablé con Gema por teléfono. Quedé con ella para dar un paseo por la noche y cenar fuera. Decido pasar el resto del día leyendo, hasta la hora de la cita. Me gusta la tranquilidad de la biblioteca. Es un lugar silencioso, repleto de ideas brillantes plasmadas en miles de hojas de papel. Todas esas páginas, todas esas palabras, todo ese conocimiento, esas historias, hacen que me sienta cómodo allí dentro. Es como un oasis de paz en un mundo completamente loco.

A las ocho de la tarde salgo de la biblioteca y voy al encuentro de Gema. Mientras la espero me doy cuenta de que me ha dejado un mensaje en el contestador de mi teléfono móvil. Dice que ha visto las noticias y que tiene miedo, que es horrible lo que está ocurriendo. También me dice que llegará un poco tarde a la cita. Quisiera decirle que no tiene nada que temer, que todo irá bien, que yo la protegeré de cualquier maldito asesino psicópata, pero no es más que un mensaje grabado. No puedo hablar con ella. Tener miedo es natural, pero uno no debe dejar que el miedo se apodere de él, que le bloquee, que le impida razonar o actuar. El miedo debe servir para mantenerte despierto.

La espero sentado en un banco de la calle mientras observo pasar a la gente. De vez en cuando miro mi reloj, pero nunca pierdo la atención de todas esas personas que van de un lugar a otro como hormigas cerca de un hormiguero. La ciudad es un continuo vaivén de gente que parece caminar sin sentido, sin un destino determinado. En realidad creo que nadie sabe adónde va. Quizá ellos crean que saben hacia dónde se dirigen, pero están completamente equivocados. No tienen la

más mínima idea, no saben qué hacen aquí. Simplemente están, como si su vida fuera una casualidad, un efecto de una serie caótica de acontecimientos que, regidos por unas extrañas leyes incomprensibles, desembocan temporalmente en un ahora que sólo es lugar de tránsito hacia el mañana.

Vuelvo a mirar el reloj. Gema se retrasa más de media hora. Es extraño. Miro el teléfono. No tengo ninguna llamada perdida, ni un nuevo mensaje. Trato de llamarla, no puedo establecer la comunicación. Su móvil debe estar apagado, tal vez sin batería. O quizá esté en el metro, donde no haya cobertura. Sigo esperando. Sigo observando.

Una hora después, sé que algo va mal. Algo no funciona en todo esto. Me levanto y miro alrededor. Cada vez hay menos gente por la calle. Vuelvo a mirar el teléfono. No hay ningún mensaje. Intento llamarla de nuevo, pero sigo sin poder comunicar con ella. Apago el teléfono y lo meto en el bolsillo, mientras pienso qué puede estar pasando. Una sensación horrible recorre mi estómago cuando noto que el teléfono vibra en mi bolsillo. Es un mensaje. Lo saco despacio. Antes de leerlo sé que no será Gema. No sé por qué, pero estoy convencido de que no será ella. Miro la pantalla del móvil. El mensaje viene de un número desconocido, pero el texto es completamente familiar: “Hola, maestro. ¿Te acuerdas de mí? Qué pregunta más estúpida. Claro que te acuerdas de mí... Qué poco queda para que nos volvamos a ver. Gema te manda saludos. Por cierto, es una mujer preciosa. Bravo”.

Permanezco en silencio, de pie, en mitad de la calle. Maldito seas. Maldito una y mil veces. Te arrancaré la vida. Te arrancaré el alma... Maldito...

## **1 (del diario del discípulo)**

Creo que debería enfadarme contigo, querido Maestro, pero no estoy seguro de poder. Es posible que, en realidad, deba alegrarme de que hayas vuelto. Significa mucho para mí. De todos modos, no es de buena educación llegar sin avisar. ¿Y si yo hubiera estado ocupado? ¿Y si me hubieras cogido en un mal momento? Bueno, olvidemos lo ocurrido. Afortunadamente, yo estoy disponible para ti y, por lo que veo, tú también estás disponible para mí. Será divertido volver a jugar juntos, como hicimos hace años.

Será necesario advertirte, mi querido Maestro, de algunas cosas importantes. Llegado el momento, cuando te tenga ante mí, postrado, suplicando por tu miserable existencia, me gustará dejarte leer estas líneas para que entiendas todo lo que habrá ocurrido. Pero supongo que en ese instante de dolor y sufrimiento para ti, te resultará realmente difícil entender qué fuerzas ajenas a tu control te habrán llevado hasta ese punto. Y, claro, será importante empezar a explicarte todo desde

el principio, de lo contrario no serás capaz de comprender la verdadera magnitud de mi obra. Allá voy.

Nunca, mi querido amigo, estuviste solo. Abandonaste la ciudad después de que yo te otorgara la libertad y, por qué no decirlo, te perdonara la vida. Te marchaste rápido, derrotado. Yo diría que hasta avergonzado. No tenías porqué. Hiciste un gran papel. Me enseñaste muchas cosas. Yo aprendí de ti, aprendí tanto y tan bien que te superé. Y tú no lo soportaste.

Durante muchos años has vivido una vida anodina, aburrida, lejos de mí, lejos de tu ciudad. Pero yo sé, querido mío, que en tu cabeza siempre tuviste la idea de volver. Pero no volver por ti, ni volver por venganza, sino volver para completar el trabajo que dejaste a medias. Porque tú, Maestro, eres bueno. Eres la bondad personificada. Tú, amigo mío, te crees de verdad el salvador de la raza humana. Tú, sublime todopoderoso, eres una creación esencial de la madre Naturaleza, una pieza diseñada para realizar un papel. Tú eres fiel a tus sentimientos. Crees que matando depurarás una raza en declive y actúas en consecuencia.

Yo, sin embargo, mato por gusto. Mato por el placer de matar, de ver sufrir. Mato porque adoro jugar a ser Dios, arrebatando una vida, la que sea, sólo porque a mí me da la gana. Mato porque puedo. Mato porque, en el fondo, soy malo. Soy la maldad personificada. Yo no busco mejorar la raza. A mí me da igual la raza. Yo quiero hacer daño. Quiero sentir el poder, saber que una vida está en mis manos. Adoro ver cómo se deshace una persona cuando sabe que va a morir. Y lo hago lentamente, despacito, dejando que el pobre futuro cadáver sea consciente de lo que le está ocurriendo. Ya te contaré cómo lo hago. Tendrás ocasión de probarlo, amigo mío. Y desearás una muerte rápida que no te concederé.

Así que, como te decía, yo sé que has pasado todos estos años pensando en volver. Claro que quieres acabar conmigo. Al fin y al cabo todos tenemos nuestro pequeño orgullo. Pero quieres volver porque necesitas continuar tu labor. Y, durante todos estos años, en los que has estado dando vueltas a esa enferma cabeza tuya, yo te he estado observando a través de un agujerito. Desde la lejanía, yo conocía cada uno de tus movimientos. Yo siempre he estado a tu lado, esperando. A veces dudé, pensé que jamás volverías. Pero, querido Maestro, al final se impuso la cordura en tu mente estropeada, y decidiste regresar.

Y ahora aquí estamos los dos. Tú, tratando de llamar mi atención. Yo, que nunca desvié mi atención de ti. Va a ser divertido. Bienvenido, Maestro. Te estaba esperando.

## 2 (del diario del discípulo)

Hoy estuviste paseando por nuestro antiguo barrio. Es divertido verte en la distancia, sin que



tú sepas que yo estoy ahí. He decidido dedicarme en cuerpo y alma a ti, amado maestro. Al fin y al cabo, yo no soy nada sin ti.

Después de estar un rato contigo, he decidido dejarte solo. Todo hombre necesita algo de intimidad. Además, tenía trabajo que hacer en casa, así que decidí volver a mi pequeña y humilde morada. Vivo en una casita en las afueras. Uno de esos chalés pareados, con un jardincito minúsculo en la parte de atrás. No creas que es algo grande. Nada más lejos de la realidad. Es una minucia en comparación con lo que hay por ahí. Ya, ya sé lo que estás pensando. Crees que me he vendido. Que he escogido la vida cómoda, la vida burguesa. Y si fuera así, ¿qué tendría de malo? ¿Por qué crees que es malo tratar de vivir una vida tranquila, repleta de las comodidades que la tecnología es capaz de ofrecernos? Sí, también imagino tu respuesta. Para ti es una vida insustancial, sin sentido. Pero, querido mío, ¿acaso no lo son todas? ¿O ninguna?

Tú también llevas una vida insustancial. Es necesario que lo sepas, ahora que vas a morir. Tú llevas una vida sin sentido, alejada de esa gran vida maravillosa, salvadora de la raza, en la que te imaginas a ti mismo. Eres un ser anodino. Ya verás por qué.

Pero no perdamos el hilo. Te decía que vivo en un pequeño chalé, de esos a las afueras de la ciudad. Es pequeñito, pero, como te decía, sirve perfectamente a mis propósitos. Tiene dos plantas, además de un pequeño sótano donde está el cuarto de calderas y la entrada al garaje. Pero yo prefiero aparcar fuera. Aquí todo el mundo lo hace. Al fin y al cabo, este es un sitio tranquilo, y no hay necesidad de guardar el coche dentro. Así que, con unos retoques por aquí, una mano de pintura por allá, unos ladrillos bien colocados y, sobre todo, una buena insonorización, me he creado mi propia sala de los horrores. Es una gozada. Tendrías que verla, maestro. Tengo todo lo necesario para causar dolor, para hacer sufrir a mis pequeños cadáveres andantes hasta que sus ojos (mientras aún los conservan) piden la clemencia de una muerte prematura. Yo, por supuesto, no se la doy. ¿Qué clase de persona crees que soy? Yo no mato para conseguir un objetivo tan grande y noble como el tuyo. Yo mato porque quiero. Y no estoy enfermo ni nada de eso. No me excito sexualmente cuando los veo sufrir. No. Nada de eso. Simplemente me gusta sentir que puedo hacerlo. Ver cómo se deshacen poco a poco. Ver cómo se escapa su vida lentamente.

Me ha llevado mucho tiempo, querido maestro, refinar mi técnica. Han sido muchos años de cadáveres inútiles, trozos de carne con los que no me sentía satisfecho. Durante un tiempo me llegué a plantear si realmente sabría hacerlo bien; si mi arte llegaría a merecer la pena. Pero, amigo mío, el esfuerzo, la constancia, las ganas de mejorar, son armas infalibles a la hora de mejorar. Y yo he practicado mucho... Muchísimo...

No he salido en los periódicos, claro. Eso no es para mí. Al menos, no hasta ahora. Uno no puede mostrar sus obras menores. Debe esconderlas, almacenarlas en un trastero y seguir trabajando hasta conseguir algo grande, algo que merezca la pena. Eso he hecho yo todos estos años. Crear arte

para luego destruirlo. Era arte bajo, arte mediocre. Arte incipiente. Pero ahora que estás tú aquí, crearé arte para ti. Y al final, mi querido amigo, tú serás mi arte. Qué honor...

### 3 (del diario del discípulo)

Me gusta estudiarte desde lejos. Durante todo este tiempo te he vigilado muchas veces. Unas veces era yo mismo el que seguía tus movimientos desde la seguridad de una azotea cercana, escondido entre un mar de rostros extraños. Otras veces no era yo el que te vigilaba, sino alguno de mis ayudantes. Porque tengo mis propios discípulos. Supongo que estarás orgulloso de mí, ¿verdad, maestro?

He evolucionado. Después de pasar mucho tiempo pensando, me di cuenta de que la mayoría de los asesinos como nosotros han sido siempre personas solitarias, de carácter enfermizo. Algunos tienen unas historias realmente oscuras, inquietantes. Yo mismo siento escalofríos cuando leo artículos en la prensa sobre las personalidades de algunos asesinos en serie. Seres repletos de ira, trastornados, enfermos al fin y al cabo.

Yo no estoy enfermo. Al menos no más que tú, y, por supuesto, no más que cualquiera de los páñfilos acomplejados que abarrotan este mundo. No. No es enfermedad. Es un pasatiempo. Matar, causar dolor, regocijarse en el sufrimiento extremo es una forma como otra cualquiera de pasar las horas. ¿Por qué habría de ser distinto a, por ejemplo, sentir una euforia exagerada cuando gana tu equipo de fútbol? ¿O a atiborrarse de pizza una noche en casa, mientras ves tu serie favorita? Yo no veo fútbol, y casi no sigo las series de televisión. Sin embargo, me deleito arrebatando vidas.

Y, como te decía, maestro, no es necesario hacerlo en soledad. Después de pensarlo bien, imaginé que mi pequeña diversión también debería ser la de muchas otras personas. Empecé a investigar, y encontré lugares muy interesantes en Internet. Dentro de la gran red de redes existe una zona aparte, una pequeña subred formada por ordenadores y servidores alternativos, alejados del control de los gobiernos; puntos de encuentro para todo tipo de almas con necesidades especiales, como nosotros. Allí, en esa especie de Arcadia para los sentidos, repleta de asesinos a sueldo, prostitutas, compra y venta ilegal de armas y personas, donde el único límite lo pone la cantidad de dinero que poseas, encontré a mi gente; y allí hicimos nuestro pequeño clan. Nuestro pequeño grupo de asesinos.

¿Te está gustando lo que te estoy contando? Es importante para mí que sepas todo esto, admirado maestro, porque todo buen discípulo debe saber agradecer a su antecesor las enseñanzas recibidas. Te lo cuento también para que te sientas orgulloso y sepas, sin lugar a dudas, que tú y yo no somos muy distintos, pero yo mato mejor que tú.

Así que mientras que tú estabas por ahí, tratando de encontrar de nuevo tu senda, follando con todo tipo de mujeres, destrozando el templo en el que habías convertido tu cuerpo, yo estaba pasándolo en grande con mis amigos, disfrutando de los secuestros, gozando con la sangre derramada de esas almas descarriadas que no significaban nada para mí ni, por lo visto, para nadie. Y así, mientras tú perdías el tiempo, yo me perfeccionaba cada día y enviaba a mis pequeños aprendices a volar y matar por todas las ciudades del mundo. Y ellos lo hacían con diligencia y pasión. Y ellos mataban para mí.

No sabría decirte cuántos hemos matado a lo largo de estos años. Han sido cientos los mutilados, los degollados, los abrasados, los masacrados, los aplastados hasta la muerte. Cientos a lo largo de todo el mundo. Cientos de personas borradas, eliminadas, aniquiladas.

Muchos eran vagabundos, personas sin hogar. Gente que no importaba a nadie. Otros, al contrario, eran hombres y mujeres con vidas corrientes, quizá algo aburridas. Personas que, de repente, desaparecían para siempre sin dejar rastro. ¿Y quién las buscaba? ¿Y durante cuánto tiempo? ¿Sabes la cantidad de personas que desaparecen en un país a lo largo de un año?

Bien, querido mío. Ahora que sabes todo esto: ¿qué opinas de mí? ¿Sigo siendo tu discípulo, o eres tú el mío?

#### 4 (del diario del discípulo)

Sigo vigilándote. Hoy has paseado por una zona algo turbia de la ciudad; por esas calles repletas de prostitución barata y drogas; calles atiborradas de proxenetas y mafias. Y he visto cómo observabas sus movimientos. Sé lo que piensas, amigo mío. Buscas una víctima entre toda esa basura. Es normal. Yo creo que matar es un acto superior, un acto divino. Pero sobre todo es un placer que pocas otras actividades humanas ofrece.

Es posible que este sea un buen momento para contarte, amigo mío, un pequeño secreto que casi nadie conoce. Mientras mis queridos pupilos andan por ahí, apuñalando, degollando, masacrando cuerpos, yo he perfeccionado mi técnica del dolor. Es una forma simple en esencia, pero hermosa de ver. ¿A que no adivinas cómo lo hago, maestro? Con ácido. Mato con ácido, mi querido amigo.

Es una forma sublime de producir dolor; de acabar con la vida de alguien; de hundirle en la miseria, mientras suplica, día a día, que le mates ya. Ácido. Esa es la clave de mi obra de arte. Ácido.

Supongo que, a estas alturas, estarás preguntándote cómo lo hago. Es bien simple. Lo primero, por supuesto, es escoger a tu víctima. Pero no me vengas con tonterías extrañas. No escojo

a una víctima para salvar a la raza humana, no. Simplemente escojo a alguien, a quien sea, que cumpla dos requisitos: que minimice la posibilidad de que me atrapen y que, de algún modo, yo sepa que me va a extasiar verlo sufrir.

Después de escoger al futuro cadáver, lo atrapo. Aquí entran en juego multitud de variables, y cada uno se atrapa de una forma distinta, claro. A veces uso drogas. Otras veces, simplemente empleo la violencia hasta dejarles inconscientes. Eso es lo de menos. Cada circunstancia es diferente.

Y por último, el placer. A partir de este momento viene lo realmente divertido. Encierro a mis víctimas en mi pequeño laboratorio y empiezo a ofrecerles un dolor tan intenso que... Oh, amigo mío, te encantaría verlo. Los ato a una estructura metálica recubierta de un plástico especial que evita que el ácido deteriore el conjunto. Ellos quedan en posición horizontal, como si estuvieran tumbados en la dulce y suave cama de un hotel de cinco estrellas. Del techo cuelgan pequeños tubos, conectados todos al depósito de ácido. Estos tubos tan pequeños permiten que el líquido caiga lento, imparable, gota a gota, sobre las diferentes partes de sus cuerpos. Y así, despacio, al ritmo que yo considere en cada momento, dejo que las gotas de ácido caigan sobre los pobres desgraciados. No es un ácido muy potente, claro, eso los mataría demasiado pronto. Es una solución de ácido y agua mezcladas con sutileza, en su justa medida, lo estrictamente necesario para que, primero la piel y después la carne, sus vidas se vayan diluyendo con lentitud y dolor. De vez en cuando, cambio las posiciones de los tubos en el techo, y dejo que otra zona de sus cuerpos sufra el deterioro del ácido.

Al cabo de varios días, las partes superficiales de sus cuerpos está deshecha, pero sus entrañas continúan casi intactas. Normalmente tardan una semana en morir, aunque cada desgraciado es distinto de todos los anteriores.

Y así, amigo mío, es como mato yo. ¿Qué te parece? Supongo que dentro de un tiempo tú serás el que gritarás, te desgañitarás en mi pequeño laboratorio de los horrores. Será hermoso verte pedir clemencia. Yo, por supuesto, no te la daré. Pero tú inténtalo. Nunca se sabe.

## 5 (del diario del discípulo)

Sé lo que has hecho hoy, querido maestro. Hoy has asesinado a tres personas. Después, con la sangre de una de ellas, has escrito una frase en una pared: *Traidor, tu maestro espera*. Noto la ira dentro de ti. Es un sentimiento peligroso, querido amigo, puede llevarte a cometer errores; a querer hacerlo todo demasiado deprisa; a acabar antes de lo previsto. Ni tú ni yo queremos eso. Esperaré un poco antes de seguirte la corriente.

Mientras tanto, querido amigo, sigo preparando todo. Hoy he bajado a mi laboratorio. Es un lugar tan especial... He comprobado que tengo todo lo necesario. El ácido está bien preparado, en sus barriles de plástico. Los conductos del goteo parecen funcionar a la perfección. Todo está dispuesto.

Después, amigo mío, he salido a dar un paseo. Te he seguido. Yo estaba allí fuera, en la calle, mientras tú estabas con la prostituta en la pensión barata. Has tardado bastante en bajar. Después de que salieras, he entrado en la pensión y he visto tu obra. Aquella habitación olía a sangre, sexo y odio. Demasiado odio. No creo que el odio arregle nada. Mezclar sentimientos en esto que hacemos tú y yo no es una buena idea. Creo que los sentimientos lo ensucian todo, lo emborronan todo. El mundo se presenta ante nosotros distorsionado por una capa de sentimientos, culpabilidades, que nos impide ver la realidad tal y como es. Tenemos que mantenernos alejados de todo eso. Debemos ser capaces de observarlo todo sin esa maldita tela de araña que nos nubla la visión. Deberías, maestro, ser un poco menos visceral. Aunque, bien pensado, probablemente cuando leas estas líneas ya te quedará poco para terminar. Para entonces ya todo te dará igual.

## 6 (del diario del discípulo)

Hoy no has tenido un buen día. Lo sé, porque te he observado desde lejos, mientras buscabas, casi desquiciado, un quiosco de prensa. Qué ironía. Yo trabajé en un quiosco hace años. Supongo que lo recuerdas. No será necesario, claro, que te lo recuerde. Fue una época bonita. Recuerdo cómo jugábamos tú y yo al ratón y al gato. Es difícil olvidar, maestro, la cantidad de cosas útiles, interesantes, que me enseñaste. Ahora, después de tantos años, sólo puedo agradecerte todo lo que hiciste por mí.

Pero hoy, sin embargo, no has tenido un buen día. Y yo sé que es porque tu obra no ha salido en los papeles. No desesperes, amigo mío. Sé que la siguiente saldrá. Al final, las cosas bien hechas acaban por dar fruto.

No estoy seguro de la razón por la que estás tan interesado en que tu obra salga publicada en los medios de comunicación. Supongo que andas buscándome. Imagino que estás tratando de llamar mi atención, para que yo vaya en tu busca. Sé que es por eso. No tenías que haberte molestado. Pero, igualmente, agradezco tu esfuerzo. No caerá en saco roto. Recogeré tu guante, me acercaré a ti. Pero aún no. Aún no es el momento.

Entre tanto, mi querido maestro, quiero hablarte sobre algo en lo que he estado pensando últimamente. Creo que comienzo a entenderte bien, amigo mío. Verte de nuevo por esta ciudad, caminando por estas calles, me ha hecho reflexionar mucho. He pasado noches enteras pensando,

divagando, recordando. Y creo que ya te comprendo. Tú eres bueno. Eres el bueno de esta película, de esta vida. Ellos son los malos, los malvados, los perversos. Y por eso hay que matarlos, aniquilarlos. Pero, ¿qué soy yo? Yo, querido mío, no soy ellos. Pero tampoco soy tú. Entonces, ¿qué es de mí? ¿Cuál es mi papel en toda esta farsa? Siempre, claro, desde tu punto de vista. Esta vida, amigo, es como un experimento teatral. Es como una gran obra de teatro coral, en la que cada personaje es su propio director. Así que, claro, cada uno tiene su propia visión del texto, del espacio y del tiempo. Y en esa obra, en la tuya, ¿qué soy yo?

Yo no puedo ser un simple malo más. Eso me colocaría a la misma altura que el resto de tus... víctimas. Y me niego a creer que estés tan obsesionado por un simple personaje más. No, yo tengo que ser algo distinto, algo especial. Pero no soy el bueno, ese eres tú, ni uno de los malos. ¿Soy yo, tal vez, el Dios supremo que todo lo ordena?

## 7 (del diario del discípulo)

Me encanta saber que lo has vuelto a hacer. Es maravilloso verte de nuevo en marcha, al pie del cañón. Sigues utilizando medios algo rústicos, si me permites la expresión, pero bastante efectivos. Y además, a la sala de cine no le ha ido tan mal como pudiera parecer. Al fin y al cabo, le has dado una promoción por la que ellos no pagaron. Lo de escoger una sala medio vacía... Simplemente genial. Evidente, pero genial. Es en esos detalles tontos donde uno puede acabar perdiendo los papeles y la vida. Respecto al tipo al que degollaste... Bueno, uno más. Uno de los malos. En las grandes películas, estos mueren casi a cada instante. En realidad, estamos siendo bastante comedidos, sobre todo teniendo en cuenta que esto se trata de una guerra entre tu y yo.

Te he visto al salir de la sala. No me ha hecho falta entrar dentro para saber lo que había pasado. Y luego te he visto, desde lejos, utilizar el teléfono del muerto para llamar a la prensa. ¡Bravo! Brillante. ¿Ves? Si es que, en el fondo, sigues siendo mi maestro. Sigues enseñándome cosas, sorprendiéndome con cada movimiento que haces. Tengo que reconocerlo. El mundo perderá bastante cuando te mate.

En otro orden de cosas, amigo mío, tengo que decir que yo también estoy haciendo mis deberes. A mi regreso a casa, ya de noche, pasé por una conocida zona de prostitutas. Ya sabes, de esas que están esperando en la carretera a que algún salido con necesidad de eyacular se detenga junto a ellas, y las suba al coche. Y eso mismo es lo que hice yo. Dejé que la rubia, vamos a llamarla Natacha, de exagerado acento ruso, un rostro hermoso y una vida destrozada, subiera a mi coche, con la esperanza de ganarse 40 euros por un polvo rápido. Tengo que decir, y no sé si esto a ti te gustará o no, que aproveché los 40 euros. Llegué al orgasmo justo un segundo antes de clavar

una aguja minúscula, casi inapreciable, cargada con un potente somnífero, en su brazo. Ahora mismo está ahí abajo, en mi pequeño laboratorio de los horrores. Siempre sonrío cuando lo llamo así. El ácido ha comenzado a gotear sobre su cuerpo desnudo. Es una pena, porque Natasha está realmente buena, y las primeras gotas están cayendo directamente sobre sus pezones perfectos. Creo que otra de las gotas está haciendo estragos sobre su nariz, y alguna cae cerca de la zona vaginal. Una pena.

Disfrutaré viéndola derretirse estos días, mientras ajusto toda la maquinaria. Creo que esta zorra será la última víctima antes de ti. Digamos que, dentro de nuestra común obra de teatro, esto está siendo el último ensayo general antes de actuar. ¡Qué nervios!

## 8 (del diario del discípulo)

Es agradable ver que cultivas tu mente en la biblioteca. Con la cantidad de horas que has pasado allí dentro, supongo que habrás terminado de leer, como mínimo, una novela entera. ¿Qué has leído? ¿Novela histórica? No, eso no va contigo... ¿Una de amor, tal vez? Tampoco. Yo apuesto por una novela policiaca, de esas en las que salen detectives muy listos y asesinos enfermos, de extrañas manías... ¿Verdad que sí?

También es muy interesante saber que sales a cenar con alguien. Desde lejos, querido mío, parecías un tonto enamorado. No te estarás enamorando... ¿Y ella quién es? Vive en la misma pensión que tú... ¿Será esa cueva repleta de caos y de fracaso vuestro nidito de amor? Qué cosas tiene la vida...

Mientras cenabas con ella, yo te observaba desde el otro lado del restaurante. Es increíble que no me hayas visto. Esta, probablemente, ha sido la vez que más cerca hemos estado desde hace años. Nunca me arriesgo tanto, pero verte así, de cerca... Tenía que hacerlo. Era necesario comprobar algunas cosas. Que no me hayas reconocido me ha llamado la atención. Yo estaba dispuesto a salir corriendo de allí al menor indicio de que me hubieras reconocido. Pero, y esto es lo más curioso, no es que no me reconocieras. Es que ni siquiera me miraste. No te preocupaste de mirar alrededor, como sueles hacer siempre. Eso, amigo mío, te ha pasado sólo otra vez: cuando estabas con Marta. Y ahora vuelves a caer en la misma equivocación. Ella te quitará concentración. Ella hará que cometas errores. Y, sobre todo, ella hará que yo pueda atraerte hacia mi delicada trampa.

De vuelta a casa, he bajado a ver cómo estaba Natasha. La pobre tiene mala cara. La piel sobre su nariz es ahora un amasijo rojizo. El hueso se deja ver con claridad. Imagino lo doloroso que tiene que ser eso. De momento, puede respirar, pero probablemente tenga que cambiar el goteo

de esa zona. Sus pechos se están deshaciendo poco a poco... De los pezones ya no queda nada, y un agujero sangriento se está abriendo paso hacia el pecho. Pero aún queda mucho para que tenga daños críticos. Su pubis no está mucho mejor. Además, varias gotas más van cayendo poco a poco sobre sus brazos y sus piernas. Imagino que el dolor debe ser inmenso.

En vista de la situación, muevo un poco el sistema de goteo. Ahora, el líquido empieza a caer lento sobre uno de sus ojos. Dejo el otro libre, para que pueda seguir mirándome. La boca la tiene amordazada y tapada con cinta adhesiva. Un leve goteo empieza a caer también sobre su garganta y sobre su estómago. También cambio las cánulas que apuntan a sus extremidades. Hago que una deje caer el ácido sobre su vagina. Es mi pequeña venganza.

Observo sus ojos antes de irme. Uno de ellos ya está rojo por el ácido que ha empezado a gotear. Del otro caen lágrimas. Su mirada parece desquiciada. Creo que intenta pedir algo. No me importa. Su dolor me alimenta. Me doy cuenta de que toda la estancia huele a heces. Es lo común. Debería usar un ambientador. Cuando vengas tú, seguro que lo tendré preparado.

## 9 (del diario del discípulo)

Es curioso cómo suceden las cosas, pienso mientras observo a Natasha deshacerse lentamente. Llevo varias horas sentado frente a su cuerpo desnudo, que ya va siendo una masa de carne y sangre que algunos considerarían desagradable. ¿Por qué resulta tan desagradable ver algo así? Es algo que me he preguntado muchas veces. De todas las cosas que tú me has enseñado, maestro, esa es una de las más ciertas: nos da miedo vernos como somos.

La humana es una raza increíble. Somos seres extremadamente delicados, complejos, compuestos de una infinidad de elementos químicos capaces de generar grandes ideas abstractas, de pensar y de pensarnos e imaginarnos a nosotros mismos (al fin y al cabo, el cerebro no es más que una inmensa colección de conexiones químicas y eléctricas). Y, a pesar de ser conscientes de todo eso, nos da miedo afrontar que, por muy complejos que seamos, somos tan débiles como un eslabón de cristal en una cadena de acero. Es tan fácil rompernos...

Natasha ya está rota. Su cuerpo empieza a sufrir heridas serias, pero su vida aún no corre peligro. Sin embargo, su mente ya está destrozada. Su único ojo (el otro ya es un amasijo irreconocible y pastoso) ya no es capaz de sostener mi mirada. Creo que no mira a ninguna parte. Creo que su cerebro se ha desconectado por completo. Sin embargo, cuando me acerco y le susurro algo al oído, noto cómo su respiración se acelera un poco, y su pecho sube y baja más rápido. Deduzco, por tanto, que me escucha.

Nunca me había pasado algo así. He realizado este experimento con muchas otras personas



y, aunque cada una respondía de un modo distinto, nunca habían desconectado tan rápido. Al fin y al cabo, ella sólo lleva aquí algo más de dos días. Supongo que no todos los humanos somos iguales.

He probado una cosa: he vuelto a cambiar la posición del sistema de goteo. Ahora, las gotas, están cayendo sobre zonas que aún permanecían intactas. En ese instante, ella ha vuelto a hacer algún gesto, y ha emitido un pequeño sonido a través de su garganta. No me atrevo a quitarle la mordaza. No es que nadie la pudiera escuchar, eso sería imposible dada la insonorización de mi pequeña cámara de los horrores, pero no me apetece para nada escucharla. He dejado que el ácido comenzara a deshacer esas zonas aún intactas y me he quedado observando cómo era el proceso de deterioro de la piel y la carne. Ya lo conozco, no te vayas a pensar. Es más bien un afán científico. Quiero ver si en su cuerpo algo sucede de forma distinta.

Tras varias horas puedo asegurar que, aunque cada uno de nosotros tiene una mente distinta, el cuerpo se comporta de un modo muy parecido. Primero, las zonas afectadas se enrojecieron. Poco después, la piel comenzó a deshacerse, y una especie de herida purulenta empezó a surgir entre la masa de piel muerta. Al cabo de un rato, la carne ya empezaba a deshacerse también. Y ella ha vuelto a desconectar. Bueno, ella no sé si ha sido consciente. Creo que ha sido su cerebro el que le ha enviado la señal de desconectar. Natasha está resultando un experimento de lo más interesante. No quiero ni imaginar cómo será el que haré contigo.

## 10 (del diario del discípulo)

¿Dónde has estado hoy, querido maestro? Sé que estuviste todo el día frente a un edificio de oficinas. Supongo que estás preparando tu próxima obra. Imagino que alguien se ha cruzado en tu camino, te ha sacado de tus casillas, y ahora va a pagar por eso. Ser tan impulsivo no es buena idea. No debes mezclar los sentimientos con tu objetivo. Un día de estos saldrá mal...

Yo he pasado gran parte de la mañana observando a Natasha. Mejor dicho, observando los restos cada vez más deshechos de Natasha. Aún está viva, claro, y supongo que aún pasarán unos cuantos días hasta que su cuerpo pierda la batalla. Pero, sinceramente, da un poco de asco mirarla. Recuerdo que era un rostro hermoso. Es curioso. Si ahora la dejara escapar, probablemente podría llegar a salvar su vida, aunque quedaría desfigurada para siempre, medio ciega, y con algunos órganos sexuales destrozados. Supongo que podría orinar por un tubo...

En fin, a veces me quedo horas y horas divagando sobre estas cuestiones, y me olvido de lo más importante. ¿Sabes a quién vi hoy? Es fácil, seguro que si lo piensas un poco lo adivinas... Te lo diré. Vi a tu chica. ¿Se puede decir que es tu chica? Yo creo que sí, ¿no? Al fin y al cabo, eso es

lo que sientes en tu interior. De alguna manera, piensas que ella es tuya, que te pertenece. O, peor aún, que tú le perteneces a ella. Qué locura eso del amor, ¿verdad? Juramentos de amor eterno, aunque el amor eterno sea un pobre invento literario. Frases hermosas lanzadas al aire. Promesas que acabarán incumplidas, simplemente porque el paso del tiempo es más poderoso que cualquier sentimiento humano. Es la naturaleza. Así funciona. Nosotros intentamos organizarlo todo, ordenar nuestras vidas, tener una pareja estable para toda la vida... Hasta tú buscas una chica... Pero el universo tiende al caos, al desorden, a la máxima entropía. Eso, amigo mío, implica claramente que la unión de dos personas acabará por deshacerse. Tendrá que romperse, y cada una de las dos personas se cruzará con otras que también deshicieron sus lazos. Como las bolas de billar que salen rebotadas en ángulos diferentes para acabar golpeando a otras bolas, rompiendo así su estado de tranquilidad, su orden momentáneo.

Tú, querido maestro, intentas controlarlo todo, intentas luchar contra la naturaleza, contra el universo. Luchas contra corriente, en un desesperado intento por volver todo a un estado de perfección. Pero eso no ocurrirá. La perfección dura un instante. Es tan breve que apenas es perceptible. Luego, todo se rompe, se deteriora, se echa a perder. ¿No te das cuenta? ¿Es que acaso no eres capaz de ver que lo que intentas no se puede conseguir?

Yo, sin embargo, acepto lo que soy, lo que somos. ¿Para qué luchar una batalla que se sabe perdida? Sé que, más tarde o más temprano, todo lo que hago acabará. Algún policía me descubrirá, o algún insensato al que intente deshacer con ácido me matará a mí. O simplemente moriré, y el universo continuará su decadente rutina. No deberías intentar organizar tu vida. Cuanto más lo intentes, más lejos estarás de conseguirlo. Ella te llevará a la ruina. Aunque eso, supongo, no te importa.

Estuve con ella un rato. En realidad la observé desde lejos. La seguí por la ciudad mientras iba de un lado a otro. Entró en varios domicilios particulares. Me extrañó bastante. No tengo ni idea de a qué se dedica ella, pero en realidad me da igual. Me servirá para atraerte hacia mí. Será más que suficiente para hacerte caer en mi trampa. Sigo esperando el momento. Será precioso.

A última hora del día he vuelto a ver a Natasha. Su cerebro parece haber despertado de nuevo. Es curioso cómo funcionamos. He notado vida en su mirada. Bueno, en el único ojo con el que es capaz de mirar. Creo que suplicaba que la matara. Le he susurrado al oído que, por supuesto, eso era lo que estaba haciendo. Poco a poco... Gota a gota...

## **11 (del diario del discípulo)**

¡Bravo! No tengo otra expresión para hoy. ¡Bravo y mil veces bravo! Lo has hecho bien, maestro. Has acabado con la vida de ese hombre, has movido otra pieza en tu tablero, y hubieras llamado mi atención si yo no hubiera estado atento desde el principio. Me gusta. El de hoy se ha parecido mucho a aquellos asesinatos que cometías hace años. Qué curioso, pasa el tiempo pero tú te has quedado anclado en un pasado lejano, algo triste. En el fondo, sigues siendo el mismo. Y claro, ya sabes lo que dicen: renovarse o morir.

Pero estás perdiendo la precaución, y eso puede hacer que acabes mal. Te lo he dicho muchas veces, pero sigues despistado. ¿No te diste cuenta de las manchas en tu chaqueta? Por favor, es un error de chiquillo, de novato. Caminaste un buen rato con goterones de sangre en tu ropa, como si esperaras que todo el mundo supiera quién eres y lo que acababas de hacer. No se dio cuenta nadie. Bueno, nadie más que yo. Y claro, supongo que, cuando llegaste a tu pensión, viste las manchas y decidiste cambiarte de ropa, meter la vieja en una bolsa y tirarla a un cubo de basura a varias calles de distancia. Bien pensado. Nadie se hubiera dado cuenta jamás. Esa ropa habría acabado en un camión de basura, y después en un vertedero, donde hubiera esperado paciente su turno para ser desintegrada, quemada y enterrada, hasta el fin de los días. Pero yo lo vi, amigo mío. Lo vi. Así que, ¿cómo no iba yo a recuperar esas piezas de ropa manchada de la sangre de un muerto? Me estabas dejando en bandeja las pruebas de tus asesinatos.

Fue precioso. Fue un momento sublime. Cuando llegué a casa, guardé toda esa tela manchada con tu delito. Ya verás qué buen uso daré de todo este material. De verdad, estás siendo muy despistado. Creo que esta partida, amigo mío, la vas a perder más rápido de lo que esperas. Porque, para ti esto es una partida, ¿verdad? No creas que no conozco tu mente. Sé perfectamente que en tu cabeza se ha dibujado un tablero de ajedrez. Sé que estás moviendo fichas, dejando que mueran peones inútiles, esperando que tu contrincante cometa un error y deje el rey al descubierto. Pero, amigo mío, eres tú el que estás haciendo movimientos descuidados. Esta noche, cuando todos duerman, haré mis movimientos.

Supongo que te preguntarás cómo está Natasha. Está bien. Aun vive, y está despierta, aunque creo que está perdiendo la cabeza. Esta vez del todo. Su único ojo mira a todas partes, muy abierto; se mueve constantemente, dando saltos, como si pretendiera salirse de su lugar. Pero, a pesar de todo, noto que no se fija en nada. El ácido ya está llegando a algunos órganos vitales, y el color de su piel en las zonas que aún no han sido regadas con ácido está cambiando hacia un amarillo pálido. Creo que tiene mucho que ver con que uno de los chorros lleva cayendo sobre su hígado desde el primer día, y ya ha llegado hasta el órgano.

Aún así, creo que aguantará más de un día aún. Es una chica fuerte. Ha tenido que pasar muchas cosas para llegar hasta aquí, y eso hace que su sistema de defensas aún no se haya rendido del todo. De cualquier modo, ahora creo que ya está desahuciada. Me refiero a que ya hemos pasado

ese punto a partir del cual, aunque yo me detuviera ahora, moriría sin remedio entre inmensos dolores.

De todos modos, tengo que revisar de nuevo la composición de mi ácido, porque creo que he estado empleando una solución algo más concentrada de lo que hubiera querido, y este pequeño error de cálculo por mi parte está acelerando algo las cosas. No es grave, por supuesto. Pero me gustaría dar con la medida exacta antes de que llegues tú a mi pequeño laboratorio de los horrores. No me gustaría para nada ver que te deshaces en menos de una semana. No me entiendas mal, seguiría siendo muy divertido, pero se me quedaría corta la diversión, y eso sería una pena. No hay nadie más en el mundo como tú. Qué lástima.

En fin, voy a dejar de escribir ahora, que tengo que preparar un pequeño movimiento para esta noche. Será a tu estilo, como a ti te gusta. Pero supongo que es lo que esperas. Si supieras que mis movimientos llevan produciéndose desde que abandonaste la ciudad, hace tantos años, supongo que caerías en una de tus múltiples depresiones... Otra más... Ahora que lo pienso, tu vida es bastante triste, ¿verdad, maestro? Creo que saber que has vivido en una mentira desde el principio, te dolerá más que las gotitas de ácido cayendo sobre tu piel. Supongo que cada uno tiene su ácido, ¿verdad?

## 12 (del diario del discípulo)

Supongo que a estas alturas estás encantado, sintiendo que la vida te sonrío, que todo va de maravilla. Tienes a tu chica y crees que me tienes a mí. Ya te lo he dicho miles de veces. En realidad no tienes nada. Pero no me quieres escuchar.

Anoche hice mis deberes para ti. En realidad, los hice para mí, pero tú crees que los he hecho pensando en ti. Qué divertido es todo esto. A eso de las doce de la noche, cuando las calles estaban prácticamente vacías, me acerqué a un hombre y lo asesiné. Fue algo rápido, sin demasiada parafernalia. No adorné aquella acción. Fue simplemente un movimiento de peón en esta partida que has montado en tu cabeza.

Lo dejé allí tirado, sobre la acera de una calle de Madrid, desangrado hasta morir. Para mí fue sencillo, nada especial. Pero sé que desde tu perspectiva esto supone un mensaje. Tú crees que lo que quiero es decirte que te he escuchado, que estoy aquí, que vamos a enfrentarnos. Pero estás equivocado. Estoy jugando contigo. Y seguiré haciéndolo hasta que todo esto acabe.

Después de enviarte mi pequeño mensaje, volví a mi casa. En la madrugada, cuando todo estaba en silencio, pasé un par de horas con Natasha. Fue uno de esos momentos de intimidad que uno recuerda con sincera gratitud. Descorché un buen vino tinto, y me tomé una copa

tranquilamente, sentado frente a ella, mientras observaba caer el ácido lentamente. Gota a gota. Sus heridas comienzan a desprender un olor muy intenso. El ácido ya está haciendo estragos en el hígado, y su ojo se ha perdido por completo. Es una masa repugnante y sanguinolenta. Sus órganos sexuales también se han echado a perder por completo. Las escasas heces y la orina salen sin control por conductos incontrolables. Los esfínteres están deshechos. Los primeros días sí expulsaba excrementos, porque aún guardaba en su organismo, pero ahora ya casi no produce nada. La alimentación en vena que le doy no genera prácticamente desperdicios orgánicos.

La de hoy es la quinta noche de Natasha aquí, y no sé si aguantará otra más. Supongo que en las próximas doce horas su organismo sufrirá un colapso y su corazón se parará, sobre todo teniendo en cuenta que hay órganos vitales que están prácticamente destrozados ya. Las zonas en las que han caído más gotas son masas irreconocibles, de aspecto gelatinoso y rojizo. Supongo que mañana tendré que deshacerme del cuerpo. No será complicado. Luego tendré que limpiarlo todo, y prepararlo para la siguiente víctima. ¿Adivinas quién será?

En fin, mi querido maestro. Mañana será otro día. Yo debo descansar un poco. Se aproximan momentos interesantes. ¡Qué emoción!

### **13 (del diario del discípulo)**

Esta noche dormí de maravilla. No tengo la menor idea de la razón, pero lo cierto es que dormí como nunca antes había dormido. Cuando desperté, me sentía completamente renovado, como si fuera un chaval de pocos años, con toda la energía de la juventud y toda la vida por delante. Es extraño el cuerpo.

Por la mañana, mientras tomaba un café, bajé a ver a Natasha. El ácido ha continuado su camino, y los estragos que está haciendo en sus órganos vitales son ya irreparables. Estuve allí, observándola un rato. Su cuerpo sufría convulsiones. Sus músculos se tensaban y se relajaban automáticamente, como disparados con un resorte. El hígado está prácticamente destrozado. Su piel parece la de un muñeco de cera. Me fijo en su rostro, que ya es irreconocible. Donde antes había un ojo, ahora hay una cavidad extraña, rodeada de una masa rojiza. Creo que el ácido está empezando a alcanzar las primeras zonas del cerebro, a través del agujero que se ha ido formando.

Miro a Natasha. El otro ojo está cerrado. Me imagino qué debe pensar ahora, si es que piensa algo. ¿Cómo funcionará el cerebro? ¿Se habrá desconectado por completo? Si es así, en este amasijo de carne ya no queda nada. Si, por el contrario, no es así, debe estar padeciendo la mayor agonía que se pueda sufrir en esta vida. Calculo que morirá en unas cuantas horas. Decido que me quedaré allí a verlo.

Vuelvo arriba, a la cocina, y preparo una buena ración de comida. Al cabo de un rato, bajo a mi pequeño laboratorio con una bandeja repleta de alimentos, y una botella de agua. Suficiente para pasar allí todo el día. No quiero perderme nada. También bajo la cámara de vídeo. Pienso grabar todas las horas que faltan. Es una prueba. Si sale bien, lo repetiré contigo. Pienso grabarte en tus últimos días. Será una película que veré una y otra vez.

Sostengo la cámara en un trípode, y conecto los cables a un ordenador portátil, que he colocado sobre una mesa pequeña. Me siento en la silla junto a la mesa, con el portátil y la comida. Allí pienso pasar todo el día.

La imagen se reproduce en la pantalla de mi ordenador. Es como si estuviera viendo una película. Es curioso. Luego, giro la cabeza y veo la realidad, veo a Natasha deshacerse en sus últimos momentos de vida. Al rato, vuelvo a la ficción de la pantalla. Este cambio de lo real a lo virtual me produce una sensación extraña. Cuando miro la pantalla siento como si ella no estuviera allí. Sin embargo, cuando vuelvo la mirada hacia ella, todo se aclara, todo es mejor.

Estas reflexiones ocupan las horas, mientras veo cómo su cuerpo sigue sufriendo espasmos aleatorios. Hacia las cinco de la tarde, noto que todos los músculos de su cuerpo se tensan en un movimiento rápido, casi imperceptible. Al poco rato, ocurre lo contrario, y todo su cuerpo se relaja, convirtiéndose en una masa sin vida compuesta de sangre, vísceras y ácido.

Definitivamente, Natasha ha muerto. Y yo lo tengo todo grabado. Creo que es la mejor *snuff movie* del mundo.

De repente, una gran idea se me pasa por la cabeza: matar a alguien para ti. Ya, ya sé que debería recoger todo este desorden y pensar en deshacerme del cuerpo de Natasha, pero ¡qué demonios!, ya lo haré mañana.

Corto el goteo de ácido y dejo el cuerpo allí, aún atado sobre la mesa. Salgo de casa y conduzco hasta el centro de la ciudad. Hoy mataré algo más cerca de ti. Quiero que sientas que me acerco a ti, que acepto tu reto.

Matar no es difícil. Sólo hay que esperar el momento adecuado. No necesito demasiado tiempo, ni demasiada preparación. Llevo una cuchilla afilada en el bolsillo, y un movimiento certero será más que suficiente. Esto sí lo aprendí de ti, maestro. Es justo reconocerlo.

El objetivo es un pobre hombre que pasaba por una calle demasiado solitaria, en una hora que, sólo porque a mí me interesaba, se convirtió en su última hora. Me acerque a desde atrás y le rajé la garganta. Un chorro de sangre salió disparada. Cayó al suelo. De su cuello abierto manaba un imparable caudal rojo. Me miró. Lo miré. Después, me di la vuelta y corrí.

Por la noche, ya en casa, vi en las noticias que la policía estaba desconcertada, y que no sabían qué estaba pasando. Pobres, siempre llegan tarde a todo.

Paso el resto de la noche trabajando sobre el cuerpo de Natasha. A eso de las dos de la

mañana ya he terminado de cortarlo en pedazos pequeños, y lo tengo almacenado en bolsas de basura. Acercó mi coche al garaje y cargo el maletero con los pedazos. Conduzco una hora hasta un lugar apartado, en mitad de un bosque. Entierro el cuerpo y lo tapo. Hasta siempre, Natasha.

Cuando vuelvo a casa ya está amaneciendo, pero yo no me siento cansado. Qué suerte tengo: me encanta lo que hago.

## 14 (del diario del discípulo)

Hoy me he permitido levantarme tarde. Aunque no me sentía cansado, decidí echarme en la cama a dormir un rato. Tardé en dormirme más de lo habitual, pero al final pude dormir unas cuantas horas. Hoy pasaré un día tranquilo, casero, de planificación. Tengo que preparar nuestra pequeña cita, amigo mío.

He revisado mi pequeña cámara de los horrores. Todo está en su sitio. Tengo suficiente ácido para los dos. Creo que dejaré la misma mezcla que utilicé con la pobre Natasha. Al fin y al cabo, ha sido más que suficiente para disfrutarlo. Además, todo quedará grabado en vídeo. Pienso grabarlo todo, desde el primer minuto. Va a ser emocionante.

Por otra parte, tengo que pensar cómo hacer que vengas a mí. Y creo que ella va a ser la solución. No tengo ninguna duda. La utilizaré como cebo. Y, como un pez que no es capaz de razonar, tú caerás en mi red.

A última hora de la tarde he estado paseando por el campo, cerca de mi casa, justo antes del anochecer. He pensado en ti, en todo esto que haces. Me pregunto qué es lo que pasa por tu cabeza para hacer todo esto. No hay ningún motivo aparente, no encuentro nada que te empuje a hacer todo lo que has hecho hasta ahora. ¿Qué pretendes demostrar? Yo tengo un objetivo claro. Es decir, no tengo objetivo. Sencillamente disfruto haciendo esto. Me encanta. Es un placer que supera cualquier orgasmo. Pero tú... Tengo la sensación de que tú lo haces creyendo en algo, con un objetivo... Tendré que preguntártelo.

Mañana es lunes. Creo que iré a buscarte, a vigilar tus movimientos. Necesito saber un par de detalles más sobre ti, antes de empezar nuestra pequeña fiesta. Debo acostarme pronto hoy. Tendré que madrugar para ir en tu busca. Mañana acecharé a mi presa como el más fiero animal acecha en la sabana. Mañana será otro día.

## 15 (del diario del discípulo)

Glorioso. Simplemente glorioso, amigo mío. Ejecutaste a aquella pobre chica en su heladería de una forma verdaderamente maravillosa. Creo, amigo mío, que por fin has vuelto a ser tú mismo. Debo reconocer que hace tiempo perdí toda esperanza de que alguna vez recuperaras la esencia de lo que eres. Estuviste tanto tiempo alejado de Madrid que llegué a pensar que ya nada te haría volver. Y luego, cuando llegaste, estabas tan perdido... No eras tú mismo, ¿me comprendes? Ya no tenías esa chispa, esa genialidad, esa capacidad que sólo unos pocos tienen para entender el mundo, para visualizar la realidad, trazar un plan brillante y ejecutarlo sin fallos, sin dudas... Y después conociste a Gema, y entonces pensé que estabas cavando tu propia tumba. Y en realidad así es, amigo mío. Ella te va matar. Ella va a ser la única causa de que mueras, pero al menos, después de lo de hoy, ya no será una muerte tan patética como la que iba a ser. Bravo, amigo mío.

Entré en la heladería justo después de que tú abandonaras aquella calle. Sabía lo que habías hecho, pero quería ver la obra con mis propios ojos. Entré, hice unas fotos y salí de allí antes de llegara la policía. Ya, ya sé que fue una estupidez, pero salió bien. Tenía que ver con mis propios ojos aquella escena. Era sublime. Después he vuelto a casa y he observado las fotos un buen rato. He analizado la escena. He pasado varias horas observando los colores de los helados mezclados con el líquido rojizo y oscuro que lo teñía todo. Era tan hermoso...

De todos modos, amigo mío, que fuera hermoso no quiere decir que fuera una obra que yo hubiera firmado. He de reconocer que el helado de sangre ha sido una idea genial, pero sigue siendo todo demasiado... ¿Cómo definirlo? Demasiado... Quizá la expresión sea demasiado antiguo. Seguir empleando cuchillos... Yo también lo hago de vez en cuando, pero sólo cuando no me queda más remedio, como el mensaje que tuve que mandar el otro día... Pero lo encuentro demasiado impersonal; tal vez muy frío. Yo prefiero esto mío, lo de ahora... La innovación que he desarrollado es tan grandiosa... Estoy deseando que la pruebes.

Estoy seguro de que esta noche no podré dormir de los nervios. He decidido que mañana iré a por ti. Por fin. Ya ha llegado el día. Es hora de que tú y yo nos encontremos. Es hora de que tú y yo acabemos con esto. Y ella, amigo mío, será mi cebo... ¡Hasta pronto!

## **16 (del diario del discípulo)**

Amigo mío, todo va saliendo a pedir de boca. Tú pasaste todo el día en la biblioteca, como haces tantas veces, metido entre todos esos libros. Pero estoy seguro de que nunca dejaste de pensar en mí. Cada personaje de la novela que estabas leyendo te recordaba a mí. Cada página que pasabas te hacía pensar en mí.

Yo, sin embargo, estaba pensando en tu chica. Ahora sé que se llama Gema. Es un nombre



bonito. Y ella también es bonita. Tendrías que verla ahí abajo, atada a la mesa, completamente desnuda. Una verdadera belleza, si tengo que ser sincero. Bravo. Aún no he abierto los conductos del ácido. Voy a dejar que pase unas cuantas horas ahí metida, antes de que empiece su verdadera tortura.

Capturarla ha sido más fácil de lo que yo esperaba. Eran más o menos las ocho de la tarde cuando ella salió de la pensión y se dirigió a su cita contigo. Imaginé que habría quedado contigo, y luego ella me lo confirmó. Pero, como te digo, todo fue muy fácil. Me acerqué y le pregunté por una calle. Antes de que se diera cuenta, la aguja ya había inoculado la sustancia en su cuerpo. Durante un rato, el suficiente, ella estuvo completamente a mi merced. Su voluntad estaba completamente sometida a mí. La que yo uso es una droga difícil de conseguir, pero, como ya te dije, hay lugares suficientemente oscuros en Internet donde se puede encontrar de todo. Dios, qué maravilloso es el hombre, ¿no crees? Cada cosa que inventamos, la transformamos hasta conseguir algo perverso, pensado para el dolor y el mal.

Ella entró en mi coche como un corderito manso. Poco después estábamos en mi casa. No tardé demasiado en desnudarla y atarla a la mesa. Ahora está allí, mientras que te escribo estas líneas. Esperaré a que se despeje del todo, y entonces le contaré toda la verdad. Le diré quién eres en realidad. Le mostraré todas tus obras. Y después le diré quién soy yo. Y entonces dejaré que el ácido comience a fluir por los conductos, y su cuerpo comenzará a deshacerse lentamente, mientras yo lo observaré todo. Voy a tener que preparar mucho café. Pero antes debo enviarte un mensaje. Ya va siendo hora de que sepas que estoy muy cerca de ti.

## 17

Anoche no pude dormir. Después de recibir tu mensaje, maldito aprendiz de nada, volví a la pensión y me encerré en mi habitación. Tenía que pensar algo, un plan que acabara contigo. Tenía que recuperar a Gema. Tenía que recuperar el control. Tenía que derrotarte para siempre.

Pero no puedo dar contigo. Por lo menos no ahora. Tengo que esperar a que tú contactes conmigo. Así eres tú: un cobarde, un pobre desgraciado que ya está contando sus últimos días en este mundo. Tú, maldito, has cometido un gran error. Has aceptado enfrentarte a mí. Y ahora tienes que morir. No podrá ser de otro modo.

He esperado tu llamada durante todo el día. Me he dedicado a pasear de una punta a otra de la ciudad, observando todas las caras que me encontraba a mi paso. Eran caras terribles, caras aburridas, miradas angustiadas dirigidas hacia el suelo; rostros con miedo a mirar arriba; rostros

tristes; rostros horribles. Y ninguno era el tuyo.

He tenido que esperar hasta el final del día para recibir tu mensaje. Cuando lo he leído, una asquerosa sensación de odio ha recorrido todo mi cuerpo. Debo encontrarte. Debo saber dónde estás. Debo acabar con todo esto.

## 17 (del diario del discípulo)

Imagino cómo estarás pasando estas horas, querido maestro. Pero no te preocupes, amigo mío. Pronto nos veremos las caras. Pronto estaremos juntos, cara a cara, tal y como deseas. Todo llega.

A primera hora de la mañana, bajé a verla. Tantas horas ahí tumbada... La pobre ya se había orinado encima. No ha podido evitarlo. Supongo que el miedo habrá tenido algo que ver. Y eso que aún no había empezado su verdadera tortura. Por cierto, por si no lo sabes, ya estoy grabando todo lo que pasa en mi pequeña cámara de los horrores. Es maravilloso poder contar con esta tecnología.

He desayunado tranquilamente mientras la miraba, sin decir nada. Anoche le expliqué quién eres tú. Y quién soy yo, por supuesto. Se lo conté todo. Tardé más de una hora en explicarle todos los detalles. Antes de que acabara de contarle todo, sus ojos ya estaban bañados en lágrimas, así que decidí no contarle lo que le esperaba hoy.

Después de desayunar se lo he contado. Le he explicado que el ácido iría deshaciendo poco a poco su cuerpo, primero las capas superficiales y después los órganos y las capas internas de su cuerpo. Le expliqué que el dolor sería espantoso. Y le dije la verdad: que tardaría varios días en morir, y que probablemente, según mis experiencias anteriores, perdería la cabeza un par de días antes de fallecer. Pero claro, cada cuerpo es distinto, y no podía asegurar los plazos.

Dejé que las primeras gotas de ácido fluyeran desde el tanque, a través de los tubos, para acabar cayendo sobre su delicada piel. Las pequeñas cánulas por las que sale el líquido apuntaban a distintas partes de su cuerpo: el ojo derecho, el pecho, el vientre y la rodilla izquierda. Y me quedé allí, viendo cómo la piel de su cuerpo empezaba a enrojecerse en las zonas sobre las que caían las gotitas de muerte líquida. El ojo no tardó mucho en adquirir un feo tono sanguinolento.

A última hora del día, cuando de las capas externas de la dermis ya estaban completamente deshechas, y su ojo derecho ya parecía una extraña mezcla roja, saqué varias fotos y las envié a tu móvil.

De momento, hoy no haré nada más. Dejaré que te muerdas de odio, mientras yo me quedo aquí, observando cómo tu chica se desintegra ante mí.

Oh, amigo mío. Qué ganas de verte tengo.

Las horas pasan lentas, demasiado lentas, mientras trato de averiguar la manera de encontrarte. Sólo deseo dar contigo; encontrarte y arrancarte el corazón con mis propias manos; destrozar tu cuerpo poco a poco mientras observo cómo el dolor te traspasa. Y después dejar que te pudras, bañado en tu propia sangre, envuelto entre tus entrañas.

Salgo de casa como un perro enfurecido. Recorro todas las calles de la ciudad tratando de distinguir tu rostro entre la multitud que estorba mi camino. Un par de veces he creído distinguir tu cara entre todas las demás, pero la imagen se ha evaporado enseguida, rápida, como el humo de un cigarrillo mal apagado. Debo de tener mal aspecto, porque he sentido muchas miradas clavadas en mí. Y eso sólo puede significar desprecio o compasión... O ambas cosas.

¿Es eso lo que te inspiro? ¿Desprecio? ¿Compasión? ¿Es por esto que retienes a Gema y la mutilas de esta manera? Eres un ser despreciable. Un vil y asqueroso ser repugnante; un vulgar asesino; un hombre triste en una ciudad triste. Eres el último ser de este planeta.

Por la noche, cuando llego a la habitación de la pensión, después de más de doce horas vagabundeando sin éxito, encuentro tu nota. Es una nota escrita en una hoja de papel, dentro de un sobre blanco. Sonríó al recordar tus malditos sobres blancos. Ha pasado mucho tiempo de aquello, pero tú aún te empeñas en continuar.

Abro el sobre y leo el contenido de la nota. Sonríó. Casi no puedo creer lo que leo. Es una dirección y una hora: una cita. Quieres verme mañana. Y, según veo, quieres que sea en un lugar público: una cafetería. ¿Qué esperas de mí? ¿Qué quieres que haga?

Leo detenidamente la nota una y otra vez. ¿De verdad esperas que aparezca allí? Observo el papel al trasluz. No hay nada que me indique de dónde ha salido. Vuelvo a observar la nota. Nada, allí no veo nada.

De repente, la pantalla de mi teléfono móvil vuelve a brillar. Es un mensaje tuyo. Es curiosa esta mezcla de elementos antiguos y nuevos. Es como si tú también estuvieses en plena transformación.

Abro el mensaje: un texto con una foto. El texto es breve pero suficiente: no faltes. La foto es de Gema. Mejor dicho, del rostro enrojecido de Gema, y de su ojo casi deshecho. ¿Qué le estás haciendo? Eres un bastardo, un maldito bastardo.

En un momento decido que debo estar allí, en esa cita que pretendes tener. Y también decido cómo acabará esta historia. Enciendo el ordenador portátil y empiezo a escribir. Sonríó mientras la luz de la pantalla ilumina mi rostro. Ahora me toca mover a mí.

## 18 (del diario del discípulo)

Todo va como esperaba. Gema se está deshaciendo poco a poco, gota a gota, mientras que tú, maldito maestro, caminas por la ciudad sin saber muy bien dónde ir. Es fantástico.

Esta mañana desayuné frente a tu chica. Tomé un café con leche y dos tostadas mientras observaba las gotas de ácido caer sobre su carne. A veces, un pequeño espasmo recorre su cuerpo. Otras veces, ella misma intenta liberar sus ataduras. Yo la calmo y trato de decirle que se quede tranquila. No va a poder liberarse. Es absurdo gastar energía.

He hablado con ella un buen rato. He intentado que comprendiera que no iba a salir viva de allí, que no tenía sentido que luchara. Es mejor rendirse a la realidad, y esperar nuestro destino con cierta dignidad. Claro, es verdad que esperar el destino propio mientras uno se va diluyendo lentamente entre el ácido no es fácil. Pero ahí está el truco de todo esto: perseguir y conseguir la dignidad en pleno proceso de una muerte dolorosa y lenta. Ella no parece estar consiguiéndolo. Al menos no de momento.

Le he dicho que iba a citarme contigo en una cafetería de la ciudad. Ella ha abierto mucho uno de los ojos, el único que aún puede abrir, y me ha mirado fijamente. No sé si siente miedo o simplemente está sorprendida. He llegado a pensar que cree que la puedes salvar. Pobrecilla.

Después le he explicado lo que pasará. Le he explicado que los dos moriréis, que es algo inevitable. También le he dicho que es posible que ella muera antes que tú, porque estoy pensando atarte frente al cuerpo destrozado de Gema para que veas cómo se deshace lentamente. Y así, de ese modo, tú tendrás una idea de cómo morirás. Es posible que lo haga, sí. Cada día se me ocurren cosas nuevas, distintas. Es como un torrente de ideas que no termina de fluir. Es precioso.

Después de desayunar y hablar con ella, he ido en tu busca. He visto cómo salías de la vieja pensión y cómo has recorrido todas las calles como un perro enjaulado que acabara de escapar. Me ibas buscando. Me he sentido feliz de saber que te estoy haciendo todo esto. No he podido evitar aparecer varias veces frente a ti. Ha sido divertido, como jugar al gato y al ratón.

Antes de volver a mi casa dejé la nota para ti. Mañana nos veremos, amigo mío. Será un verdadero placer sentarme frente a mi maestro y tomar un café. He estado esperando ese momento desde hace tanto tiempo...

## Anexo al informe policial. Parte I

A continuación se procede a transcribir el contenido (conversación y descripción de la situación) del vídeo grabado y encontrado en la casa donde suceden los hechos. Marcaremos con INT1 al interlocutor número uno. Es un hombre que permanece atado a la estructura en forma de cama metálica, que parece recubierta de plástico. Marcaremos como INT2 al interlocutor número dos. Se trata de otro hombre, que parece ser el secuestrador. Manipula los artefactos y realiza la grabación. También hay un tercer cuerpo sobre otra mesa. Se trata de una mujer a la que el interlocutor dos (INT2) parece estar torturando.

INT2. Fácil, amigo... Demasiado fácil.

INT1. Nada es fácil.

INT2. Sin embargo, esto sí ha sido fácil, ¿no crees? Me refiero a traerte aquí. Aún no termino de entender cómo te presentaste a la cita sin armas, casi desnudo.

INT1. (Mira al tercer cuerpo, tendido cerca de él). Suéltala.

INT2. Maestro, por favor... ¿Cómo pretendes que la suelte?

INT1. Me querías a mí. Ya me tienes. Ella no pinta nada en esto.

INT2. Pero, amigo mío, maestro... ¿Cómo es posible que digas esto? Tú, más que ninguna otra persona en este mundo, deberías saber que yo no soy como tú. Yo no mato con un sentido, con una idea. Yo mato porque adoro matar. Me encanta verla ahí tumbada, deshaciéndose poco a poco.

Fíjate en su ojo; bueno, en lo que queda de ojo. ¿Ves esa masa rojiza? Antes era su globo ocular.

¿No te parece hermoso, maestro? ¿No crees de verdad que yo he conseguido arrebatarte la gloria?

¿No es verdad que he mejorado tu método, que lo he perfeccionado hasta llevarlo a algo tan grande y tan glorioso como esto?

INT1. Voy a matarte.

INT2. Que así sea, maestro. ¿Por qué no? Pero me temo que estás equivocado, amigo mío. Estás ahí tumbado, atado, desnudo... Y yo estoy aquí, sentado en esta cómoda silla mientras veo cómo tu novia se licúa lentamente. Y después, amigo mío, te desharé a ti. Y todo quedará grabado en este ordenador, para que yo pueda levantarme cada día de mi vida y ver cómo te arrebaté la gloria, cómo acabé con tu vida; observar cómo te fuiste consumiendo lenta y dolorosamente en esta ingeniosa máquina de muerte que tengo aquí...

El hombre desconocido se levanta y manipula algo en la máquina. Vuelve a sentarse y permanece en silencio. A los pocos minutos, el cuerpo de la mujer comienza a convulsionar.

INT2. ¿Ves? He subido un poco la mezcla de ácido, y ahora ella se empieza a derretir más rápido. Es maravilloso que justo hayas venido hoy, en este momento, cuando el ácido empieza a acariciar

algunas de las terminaciones nerviosas principales. Es bonito, hermoso, ver cómo su cuerpo lucha, se retuerce. Esas convulsiones son completamente involuntarias, ¿lo sabías? Ocurren porque las terminaciones nerviosas, confundidas ante lo que está ocurriendo, emiten falsas órdenes de contracción a los músculos. Estos, obedientes, se agarrotan, como cuando haces un esfuerzo muy grande. Pero todo sucede rápido, tan rápido que se producen esos movimientos bruscos que ves. Y ella, claro, sufre. Ella sufre tanto... Es tan doloroso...

INT1. Maldito bastardo.

INT2. Sí, maestro. Tal vez yo soy un bastardo. Pero entonces ¿qué eres tú sino otro bastardo? Tú y yo, maestro somos en cierto modo parecidos. Ambos matamos, sí, y eso es lo que nos hace iguales. Sin embargo, tú matas con una idea; matas por un ideal; matas creyendo que salvas a la humanidad; eres un pobre idealista. La humanidad, maestro, no merece ser salvada. ¿Por qué habrías de salvar a alguien que no lo merece? Yo, sin embargo, eso lo comprendí rápido. No merecía la pena perder el tiempo en salvar a nadie. ¿Para qué? Sólo tiene sentido el aquí y el ahora, el momento actual. Y por eso mato yo: por el momento actual; por conseguir, querido maestro, placer, más placer; por conseguir disfrutar en esta vida, que le follen a la otra vida; que le den por culo a la humanidad. Mato porque quiero y porque puedo. Mato porque disfruto haciéndolo. Mato porque me encanta ver sus ojos cuando suplican, por favor, que les deje vivir. El resto es historia. El resto es debilidad. El resto, maestro, eres tú.

INT1. Mereces morir.

INT2. ¿Ves? Sigues sin entenderlo. Todos merecemos morir, lo mismo que merecemos vivir. ¿Quién eres tú para decidirlo? ¿O yo? ¿Quién soy yo para decidirlo? Yo no decido si mereces morir o no. Simplemente disfruto matándote. Igual que disfruto matando a esta novia tuya tan guapa. ¿Ves cómo se deshace poco a poco? Es hermoso, ¿no crees?

En ese momento, el interlocutor número dos enciende una grabación con lo que parecen ser sus diarios.

INT2. Amigo mío. Te preguntarás cómo ha sucedido todo... Pero yo hoy estoy cansado. Voy a dejarte con esta grabación, a modo de diario, que relata cómo te he conseguido dar caza. Desde el principio... Te dejo escuchándola. Yo tengo que descansar. Mañana regresaré y continuaremos hablando. Que descanséis.

El interlocutor dos abandona la estancia, y deja atados al hombre y a la mujer. Esta ha dejado de convulsionar, y en el vídeo se aprecia cómo su pecho sube y baja a más velocidad de lo normal. El audio suena una y otra vez, en un bucle, durante toda la noche.

## Anexo al informe policial. Parte II

Aparece el interlocutor número dos en la habitación. El interlocutor uno y la mujer siguen en sus lugares. Ella parece completamente inconsciente.

INT2. Buenos días, querido maestro. ¿Ha descansado usted bien? ¿No dices nada? Qué horror, qué maleducado. Bueno, veamos entonces cómo está nuestra querida muchachita.

El interlocutor dos observa el cuerpo de la mujer.

INT2. Vaya, parece que el final está cerca. Mi idea original, amigo mío, era dejar que se pudriera lentamente, mientras tú la observabas. Pero ayer, después de verte aquí, decidí que era mejor hacerlo más rápido. Supongo que estoy más ansioso de lo que debería estar...

El primer interlocutor no dice nada. Sólo observa la escena desde su lugar.

INT2. Querido amigo mío. Como hoy te ha comido la lengua el gato, creo que seré yo el que hable por los dos. ¿Sabes qué vamos a hacer? Vamos a acelerar al máximo el proceso... Voy a hacer que todo el ácido caiga directamente sobre tu chica... Va a ser divertido... Jamas lo he hecho antes, pero hay que atreverse con cosas nuevas, ¿no crees? Al fin y al cabo, de eso va todo esto, de dolor y muerte, ¿verdad?

El segundo interlocutor manipula el sistema de tortura. De repente, el cuerpo de la mujer comienza a temblar, y se puede apreciar cómo su carne se deshace. Un sonido gutural sale de la garganta medio destrozada de la mujer.

INT2. Glorioso, ¿no te parece? Mira, mira cómo el ácido se come la carne. Dios, es hermoso... Y mira cómo gotea su cuerpo... Mira esos fluidos mezclados con la sangre.

El cuerpo de la mujer deja de moverse. El ácido sigue cayendo sobre ella. El interlocutor dos espera un minuto y corta el flujo de ácido. Observa a la mujer, que parece muerta.

INT2. Vaya, vaya, maestro... Su corazón no ha podido resistir más. Y sin embargo, y debo decir que esto me asombra, tú no has dicho nada. ¿De verdad la querías?

En ese momento, Luis Barrientos, inspector del Cuerpo Nacional de Policía, entra en la estancia con el arma reglamentaria en la mano. Se escucha cómo da el alto.

### **Anexo al informe policial. Parte III**

Nota para el archivo del caso: Las imágenes que pudo captar la cámara de vídeo sólo nos muestran lo que ocurre en la sala de forma parcial. La cámara no recoge todos los ángulos de la estancia en la que suceden los acontecimientos.

Al entrar el inspector L.B. en la sala y dar el alto, el personaje conocido como interlocutor 2 (INT2) sujeta uno de los tubos por donde sale el ácido y salta hacia los mandos que permiten controlar la salida del líquido. Se escuchan de nuevo los gritos del inspector, que trata de que el sospechoso se detenga. Sin embargo, el sospechoso consigue activar los mandos, y un chorro de líquido (ácido) sale por todas las bocas de los tubos, incluido el tubo que él sostiene en la mano, y que apunta directamente hacia el inspector L.B. A pesar de que la distancia que les separa es de unos tres metros, un chorro de ácido cae sobre el cuerpo del inspector que, sin saber qué está pasando, grita y consigue saltar hacia un lado, justo tras el cuerpo del primer interlocutor, que permanece tumbado.

El segundo interlocutor sigue el movimiento del inspector con el tubo, rociando con el líquido gran parte de la habitación. Una gran parte de ácido cae sobre el interlocutor 1, que comienza a gritar. El inspector se incorpora, apunta con su arma hacia el primer interlocutor y dispara. El interlocutor 2 cae al suelo. Se siguen escuchando los gritos del interlocutor 1. El segundo interlocutor desaparece de la imagen. De repente, todas las luces de la sala se apagan. La imagen se pierde. Sólo queda el sonido.

Se escuchan varios golpes fuertes, y el chirriar de unas patas metálicas contra el suelo. Poco



después, un estrépito inunda el sistema de audio y se escuchan gritos desesperados. También suenan varios disparos, que parecen provenir del arma del inspector. Los disparos continúan hasta que L.B. vacía por completo el cargador.

El silencio vuelve a la estancia. Al cabo de un rato, se distingue el sonido de lo que parecen ser pasos lentos, como si una persona se arrastrara con dificultad a través de la habitación. Casi un minuto después, se aprecia una pequeña luz que parece provenir de la puerta de salida, pero es insuficiente para iluminar la estancia. Todo queda en penumbra. Los pasos continúan alrededor de la habitación hasta que, de repente, la luz vuelve a encenderse y se puede apreciar la escena completa.

En la imagen se puede ver al inspector junto a una pared, cerca de lo que parece que es el interruptor de la luz. El inspector, que se apoya en la pared, parece tener graves quemaduras a lo largo de su cabeza y manos. En el suelo, cerca de la salida, se observa un cuerpo boca abajo, sobre un charco de sangre. Es el interlocutor 2. Al parecer, los disparos del inspector alcanzaron su objetivo antes de que este consiguiera salir.

Se pueden ver los armarios que sostenían todo el sistema de goteo de ácido tirados por el suelo. Se intuye que el interlocutor 2 los empujó con fuerza, dejando que se desplomara toda la estructura con el líquido sobre el hombre que permanecía atado y el inspector antes de tratar de huir. Dos cuerpos permanecen aún sujetos a las estructuras de tortura. El cuerpo de la mujer está prácticamente deshecho. La mayor parte del ácido cayó sobre ella. En la estructura de al lado, permanece el cuerpo del otro hombre, el interlocutor uno. Se aprecian quemaduras por todo el cuerpo y el rostro, pero en la imagen se puede ver que aún respira.

Durante varios minutos, en la pantalla se observa la misma escena: el cuerpo del segundo interlocutor en el suelo, sobre el charco de sangre; el cuerpo destrozado de la mujer; el cuerpo del primer interlocutor, que respira lento, sobre la estructura de tortura; y por último el inspector, que poco a poco parece coger fuerzas para moverse.

Al cabo de varios minutos, el inspector se dirige hacia una esquina de la habitación, y sale del encuadre del vídeo. Unos segundos después, la grabación termina.

## **Anexo al informe policial. Parte IV**

La primera patrulla de la policía que se presentó en el lugar de los hechos asegura que en aquella sala sólo había tres cuerpos, que se identifican con el de la mujer, el del interlocutor dos, y

el de el inspector L.B. El cuerpo del interlocutor uno no está.

Según esta misma pareja de agentes, cuando encuentran al inspector, este parece desorientado. Muestra quemaduras graves en varias partes de su cuerpo y un golpe fuerte en la cabeza. Se adjunta aquí la declaración del inspector, que hace desde el hospital, después de recuperarse parcialmente de sus heridas:

“Llegué hasta el lugar de los hechos por un chivatazo. Me llegó un mensaje al correo electrónico de alguien que, al parecer, sabía que algo iba a ocurrir en aquel lugar. No conocía el origen del mensaje, pero describió con exactitud varios de los asesinatos que habían ocurrido en las últimas semanas en la ciudad. Los describió con información que sólo alguien implicado en el caso podría tener.

Esto me empujó a valorar en cierta medida el correo que había recibido. Es sabido que la gran mayoría de estos correos son falsos, pero esa información adicional era más que suficiente para tenerla en consideración. No sé si me la envió el asesino, o alguien cercano a él.

Fuera como fuese, en el correo se adjuntaba un número de teléfono, y se me aseguraba que el sistema GPS del teléfono estaría activo durante las próximas horas. En teoría, debía localizar el teléfono porque, si todo era correcto, allí estaría el asesino de todas esas víctimas de las últimas semanas.

No quise informar a nadie. Preferí validar las fuentes antes de alarmar a los superiores. Así que comencé mi labor de investigación. El servicio de comunicaciones me aseguró que, estando el GPS del teléfono activo, eran capaces de determinar la ubicación exacta del terminal. Sabíamos el número, así que lo teníamos todo.

El terminal estaba en un chalet de una zona periférica de Madrid. Investigué el chalet, y me pareció extraño que estuviera a nombre de alguien sobre el que no constaba nada desde hacía casi diez años. No había altas en la seguridad social, ni contratos de trabajo, ni ganancias... Nada... ¿Cómo puede vivir alguien sin dinero?

Me pareció raro, suficiente como para ir a investigar. Forcé la cerradura, arriesgándome a lo que aquello suponía, y entré en la casa. Cuando llegué al garaje... En fin, cuando llegué al garaje me encontré con aquella sala de los horrores, aquella sala de tortura. Supe en aquel momento que aquel hombre era el asesino que buscábamos. ¿Qué otra mente podría haber construido aquello?

El resto creo que lo pueden ver en las imágenes.

Cuando todo acabó, intenté desatar al hombre que había sobre la estructura de tortura, el que quedaba vivo. Lo liberé y traté de incorporarlo. No sabía quién era ni qué hacía allí, pero imaginaba

que era el hombre que me había dado todos aquellos datos. Lo contrario no tendría sentido.

Fuera como fuese, aquel hombre aún mantenía fuerzas suficientes como para golpearme en la cabeza y escapar sin que pudiéramos obtener más información.

Poco después, cuando aún estaba mareado por el golpe, avisé a la central. Permanecí allí hasta que vino la primera pareja de la policía.”

Hasta aquí la primera declaración del inspector. No sabemos quién era el interlocutor uno, ni por qué escapó de allí. Es casi seguro que fue él el que llevaba el dispositivo con GPS en su ropaje, y a través del que el inspector fue capaz de llegar a la casa. Se trataba de un dispositivo de alta tecnología, de tamaño muy reducido, que encontramos poco después escondido en el interior del forro de una cazadora que había en un montón de ropa, en una esquina de la estancia dispuesta para las torturas. Al parecer, el hombre desaparecido olvidó esta chaqueta antes de huir de la escena.

La investigación sigue su curso, pero se atribuyen al hombre abatido por los disparos del inspector los asesinatos de las últimas semanas. Se investiga su relación con grupos de delincuentes que operan en las redes de Internet.

## **Extracto de una noticia en la prensa nacional**

¿Resuelto el caso de los asesinatos? La policía da por concluida la investigación del caso, y asegura que los asesinatos de las últimas semanas fueron causados por el mismo hombre. Se trata de un hombre cuya identidad real está por determinar, y que fue abatido por el inspector L.B. en lo que se ha llamado “la cámara de los horrores”.

Sin embargo, y aunque los asesinatos parecen haberse detenido, el informe del caso no parece dejar claras algunas de las dudas más importantes: ¿Quién era aquel hombre que escapó de aquel horrible lugar? ¿Fue él el que dio la información que permitió capturar al asesino del ácido? Si él no había hecho nada, ¿por qué escapó?

También deja muchas dudas la declaración del inspector, que no termina de aclarar qué le llevó a aquella casa, más allá del famoso dispositivo de teléfono con GPS. ¿Quién le dio esa información? ¿Fue el famoso hombre que escapó? ¿Qué relación guarda aquel hombre con el inspector? ¿Por qué este inspector?

Llama la atención que el hombre que dio la información, supuestamente el que escapó de la “cámara de los horrores”, lo hiciera al mismo inspector que cubrió el caso del psicópata asesino de

hace casi diez años.

Por otra parte, el juez recibió una copia del correo electrónico del supuesto hombre evadido, que explica lo mismo que cuenta el inspector en su declaración, por lo que, según las pistas, el caso quedaría resuelto. Extrañamente resuelto.

Este diario se compromete a seguir investigando un caso que ha mantenido a toda la población en vilo y que, a pesar de ser un caso cerrado, a nosotros nos parece importante seguir investigando. Y lo haremos.

## Carta de un amigo

Querido amigo inspector. ¿Cómo sigues de tus quemaduras? Espero sinceramente que estés completamente recuperado. Y también del golpe en la cabeza. ¿Te dolió mucho? Imagino que no en el momento, pero supongo que cuando despertaste tendrías un taladro en el cerebro. Bueno, al fin y al cabo fuiste tú el que lo pediste. Aún te recuerdo diciendo “golpéame, de lo contrario nadie nos creará”.

Bueno, ya ves que en el fondo no soy un mal tipo, ¿no? Os permití coger a un asesino, y a cambio habéis dejado en libertad a un buen hombre como yo. Créeme si te digo que creo que habéis salido ganando. Además, mi querido inspector, no viene mal que la gente sepa que hay gente como ese loco en el mundo. Gente que usa ácido para asesinar a otra gente. Gente que está deseando provocar dolor sólo por el hecho de ver a alguien retorcerse en su lecho de muerte. Gente mala.

Yo, sin embargo, no soy tan horrible como crees. Creo que soy un buen hombre en un mundo malo. De todos modos, amigo mío, no es todo tan fácil como parece. ¿Existe la bondad absoluta? ¿Y la maldad absoluta? No, los extremos son sólo válidos para los extremistas. Gente sin filtros, gente sin visión real del mundo.

El mundo es gris, amigo inspector. Tú mismo te diste cuenta de eso el otro día, cuando te envié el primero de los correos, cuando te conté todo lo que estaba pasando. Y te diste cuenta cuando respondiste, y tomaste una decisión: salvarme a mí para apresar a él. Al fin y al cabo, sabías que estabas tomando la mejor decisión porque “yo no soy tan malo como él”. ¿Recuerdas esa frase? Es tuya, querido inspector. ¿Y sabes lo que eso significa? Eso significa, claramente, que existen grados, niveles en todos los ámbitos. Que uno no es malo o bueno, sino que es más malo que otro, o más bueno que otro. Y esto, por supuesto, siempre desde una perspectiva personal, subjetiva. Tú eres bueno, pero no más bueno que yo. Eso es lo que yo pienso. ¿Qué piensas tú?

Pero dejémonos de filosofía. Me alegra saber que estás bien. Ya lo he visto en las noticias. Hay diarios que aseguran que mentiste. Qué despropósito. Hay cosas que es mejor que no sepan, ¿verdad?

De cualquier modo, supongo que esto es el fin de nuestra pequeña amistad. Supongo que ahora querrás olvidarte de que me ayudaste a acabar con él, mi discípulo, y que ahora intentarás acabar conmigo. Si es así, que sepas que no te guardaré rencor. Al fin y al cabo, todo esto sería muy aburrido sin nuestra pequeña guerra, ¿no crees?

Pensé escribirle otra carta a mi discípulo. Ese al que tú acribillaste a tiros con la luz apagada. Por cierto, estuviste brillante. Un poco de suerte, pero brillante. Bueno, como decía, pensé en escribirle una carta al discípulo, pero ya no tiene sentido. ¿Quién la iba a leer?

Bien, mi querido inspector. Me toca despedirme ya. Que sepas que estoy bien. Las quemaduras del ácido van curando poco a poco, y supongo que dentro de unas semanas estaré completamente en forma. Aún no he pensado qué haré entonces. Pero una cosa está clara: ahora tendré más tiempo para mis voluntariosos propósitos. Espero no molestarte demasiado. Al fin y al cabo, nuestra amistad, aunque breve, resultó realmente agradable.

Hasta siempre.

*Juanjo Escribano*

*Madrid, enero de 2016*